

Tirant, 16 (2013), pp. 565-598

ISSN: 1579-7422

FLORES Y BLANCAFLOR

Transcripción de Pilar Lanzuela

(Máster de Estudios Hispánicos Avanzados de la Universitat de València)



Aquí comienza la historia de Flores e Blancaflor, y de su descendencia e de sus amores. De cuánta lealtad hubo entre ellos, y de cuántos trabajos y peligros pasaron en el tiempo de sus amores, siendo Flores moro y Blancaflor christiana. Y de cómo, por voluntad de Dios Nuestro Señor, se convirtió Flores a los mandamientos de Dios y de la sancta madre Iglesia, por intercesión de Blancaflor. Y de cómo fueron marido e muger, e sucedieron reyes en España, y convirtieron toda la España a la fe de Nuestro Seños Jesu Christo. Y de cómo después fueron emperadores de Roma, según adelante vereis.

I

Cómo micer Persio, oyendo nuevas de la hermosura de Topacia, se enamoró della, y determinó de irsela a pedir por muger a su tio el Duque de Milán

En la provincia o imperio de Roma, había un noble hombre muy riquísimo, y poderoso señor de muchos lugares y villas y castillos en el imperio de Roma, y cuasi mandava la mayor parte de Roma. El cual se decía micer Persio. Y fablabanle de muchas mugeres, entre las cuales era una muy noble donzella, la cual era muy rica e de gran linaje, hija del Marques de Ferrara, sobrina del Duque de Milán. Y, por la muerte de su padre y de su madre, quedó curador della el Duque de Milán, que era su tío. La cual se decía Topacia.

Era tanta su belleza, y su gentileza y gracia, que no se hallava en todo el imperio otra tal. E como el dicho micer Persio oyese la bondad y gentileza y virtud de aquesta donzella, él la amó tanto en su corazón y en su voluntad, que deliberó de ir a la ciudad de Milán, por ver aquella de quien él era enamorado por oídas. Y, por cumplir su deseo, pusolo por obra muy presto, y mandó armar dos gruesos naos, y mandó meter en ellas todas las virtullas necesarias para la mar. E, cuando todo fue puesto a punto, buscó en sus tierras la más gente de honor que en ellas había, y contoles su deliberación, de lo cual todos fueron muy contentos de ir con él.

E así entraron en las dichas naos, y partieronse de Roma para ir a Milán. Y plugó a Dios Nuestro Señor dalles tan buen viento, que en muy poco tiempo llegó con mucho plazer al muelle de Génova, porque allí había de desembarcar para ir a la ciudad de Milán. Y como los ciudadanos y grandes señores de Génova vieron llegar estas naos en el puerto, procuraron saber de quién eran y de dónde venían. E micer Persio envió al gobernador de Génova que los guiase, faciendo saber cómo él venía de Roma e iba a la ciudad de Milán, y así les fue dado viaje. E sabiendo el gobernador cómo el señor micer Persio era pariente del Emperador, fizo llamar los nobles hombres de la ciudad, y con ellos lo salió a rescebir con mucha honra, y aposetaronlo con mucha diligencia a él y a todos los que con él venían. E hicieronle mucha honra e muy gran fiesta, así por los cavalleros y nobles hombres y ciudadanos de la ciudad de Génova, como por las gentes comunes de la ciudad.

Así estuvo con toda su compañía quince días, porque venía muy fatigado del mar. Y, deliberando de partirse para Milán, envió sus embajadores al Duque, diciendole cómo Micer Persio era llegado a la ciudad de Génova, e quería ir a la ciudad de Milán por facerle reverencia. E así como el Duque supo que micer Persio era llegado en sus tierras, con mucha alegría lo salió a rescebir con gran gente una jornada de la ciudad, porque era pariente muy cercano del Emperador de Roma. E así lo rescibieron con gran honor. E como el Duque y micer Persio se vieron, ficieronse gran

fiesta, y cada uno dellos quería descabargar, por fazerse complida cortesía. Mas el uno al otro no consintieron, sino a cavallo se abrazaron con mucho amor, y así fueron mano por mano hasta la ciudad de Milán, y el Duque no quiso que micer Persio posase en otra posada salvo en su palacio, y a todos los suyos les mandó dar muy buenas posadas. Y mandó pregonar el Duque por todo Milán que ninguno fuese osado, so pena de la vida, fazerles pagar cosa ninguna que micer Persio comprase ni ninguno de los suyos, así vituallas, como brocados, sedas, paños, cualquiera cosa les fuese dada libremente. Y que viniesen al tesoro del Duque, y que el tesoro llanamente les haría la paga. Así que el Duque no consintió que en sus tierras gastase cosa ninguna en todo el tiempo que allí estuviesen.

E como hovieron estado el Duque y micer Persio algunos días, ya había visto micer Persio a Topacia muchas veces, y le había parecido muy bien. Y, yendo los dos un día a caza, dixo Micer Persio al Duque tales palabras:

— Ilustrísimo señor, por lo que yo soy venido a esta ciudad, es por la fama de las noblezas y virtudes de Topacia vuestra sobrina. Y como yo haya visto y conocido ser más sus virtudes y nobleza de lo que me han recitado, de lo cual vuestra ilustrísima señoría me ha fecho hablar. Que la tomase por muger y señora mía, yo soy contento, si vuestra señoría es contento. Y esto señor, fago, por muchas razones. La primera es, por ligar de parentesco con su ilustrísima señoría. La otra, por las virtudes y noblezas de Topacia, so contento de mi e de mis bienes que ella sea señora, con consentimiento de vuestra señoría.

Viendo el Duque las justas razones de micer Persio, no tardó mucho en fazelle la respuesta siguiente:

— Muy noble y muy virtuoso señor, a mucha gracia tengo oír las tales razones de vuestra señoría, a muy agradables, como quiera que no fuese otro mi deseo sino ver a Topacia, mi sobrina en lugar de hija, colocada por vía de casamiento con vuestra señoría, y tener a vuestra señoría en lugar de propio hijo. Yo soy contento que Topacia, sobrina mía, hija del Marqués de Ferrara mi hermano, sea vuestra muger.

E, dichas estas palabras, se dieron las manos y firmaron el casamiento el Duque de Milán y micer Persio, y dieron y aseguraron jornada para el otro día, para fazer los desposorios, y la misa fuese para Topacia, a fazelle saber cómo la había casado con micer Persio, y díxole desta manera:

— Carísima hija, yo os traigo nueva que a vos será de mucho agradable, y es que he formado matrimonio de vos con micer Persio, sobrino del Emperador de Roma, y podéis ser cierta, hija mía, que aqueste señorea la mayor parte del Imperio Romano. Así que vos os podéis tener por la más bienaventurada de todo vuestro linage.

Oídas las razones, Topacia respondió al Duque su tío, con mucha humildad:

— Yo, señor tío, tengo por bien fecho todo lo que vuestra señoría haya fecho y de mí haya ordenado, como no tengo otro padres ni haya tenido sino a vuestra señoría, lo cual tengo por bien todo lo que vuestra señoría por mí ha firmado.

Y besole las manos al Duque, teniendoselo en merced, y así el Duque la mandó ataviar muy ricamente para los desposorios. E cuando fue ataviada, mandó el Duque que viniesen todos los varones y nobles hombres al Ducado de Ferrara, por darles parte de quién les había dado por señor. Y cuando los tuvo juntos, fizoles este razonamiento:

— Cavalleros y nobles hombres, a lo que yo os he hecho venir, es que sepáis cómo, con ayuda de Dios, yo he firmado matrimonio de vuestra señora Topacia mi sobrina con el señor Micer Persio, sobrino del Emperador. Y, por que cada uno diga su parecer, vos he fecho venir aquí.

Allí respondieron los cavalleros que ellos se tenían por bienaventurados por tener tan poderoso señor. E así se levantaron para él, y fueron a obedecerle por su señor

II

De cómo desposaron a micer Persio con Topacia, hija del Duque de Ferrara, y de las grandes fiestas que hicieron

Cuando el Duque vido la buena respuesta de los cavalleros, mandó venir un notario que ficiese las cartas según que se acostumbrava. Y, por cuanto no tenía padre, quiso el Duque que ella misma se dotase con su licencia. Y desta manera se dotó ella de cien mil ducados en oro, sin las ciudades y villas que su padre le había dejado, y muchas otras joyas de oro y plata, y perlas y piedras, que valían otro tanto o más.

Así rescebidas las cartas del matrimonio, el Obispo los desposó, en presencia de todos los cavalleros e nobles hombres que allí eran, y el Duque le fizo muchos y grandes donativos y mercedes, y micer Persio dio a Topacia una muy rica cadena, toda guarnida de piedras preciosas y perlas, que no se podría numerar su valor, y con ella un anillo, como los que desposaron, con una piedra de valor muy rica, que era estimado pasados dos mill ducados. Y el Duque mandó venir instrumentos de diversas maneras. Y las fiestas que se hicieron, fueron tan ricas, que no pudieron ser más en el mundo de justas y torneos, sedas, brocados, paramentos y cimaras, que esto maravilla ver que el Duque amava tanto a Topacia, que no sabía en qué cosa le complaciese. Porque en lugar de hija la había criado, y ella a él no menos, porque no había conocido otro padre sino a él. Y en esto pasaron algunos días en las fiestas. Y, un día, estando el Duque y micer Persio en un vergel donde se andavan paseando, acordó micer Persio de demandar licencia al Duque para irse en Roma a ver el Emperador su tío, y díxole:

— Ilustrísimo señor, ¡si pluguiese a vuestra señoría de darme licencia para irme a Roma al Emperador mi tío!

El Duque, por le fazer complida honora, dijo que él era contento, pero que lo quería acompañar fasta en Roma.

III

De cómo se partió micer Persio y la señora Topacia y el Duque, para ir a Roma al Emperador

Luego el Duque mandó armar naos y galeras con muchas gente, así de honor como gente dar-mas y marineros y artillería, como de todas las virtuallas y cosas que eran necesarias para su servicio y de sus gentes, y del dicho micer Persio y de Topacia su muger. Y así proveído de todo lo necesario, el Duque y micer Persio se partieron de Milán para ir en Génova, e se embarcaron con mucho plazer y con muy rica compañía.

El Duque envió sus correos al gobernador y cónsules de Génova, faciéndoles saber cómo iba con micer Persio y con su sobrina Topacia, por los acompañar fasta la ciudad de Roma. Y así del gobernador con los ciudadanos fueron muy bien rescebidos y aposentados en la ciudad de Génova y folgaron ahí ocho días. Y luego mandó el Duque a todos los que iban en la compañía, que todos se embarcasen. Y así embarcaba toda la gente, se embarcó el Duque, y micer Persio, y Topacia su muger. Y todos embarcados, hicieron vela la vuelta de Roma, y Dios Nuestro Señor les fizo tan buen viento, que en poco tiempo allegaron a Ostia, que es la flamaría de Roma, y allí surgió toda

el armada. Y micer Persio envió al Emperador su tío cómo él era en Ostia con el Duque de Milán, que le venía acompañar a él y su muger.

Y cuando el Emperador supo que su sobrino micer Persio, con su muger y el Duque de Milán, estaban tan cerca de Roma, hubo mucho plazer, y mandó aderezar toda la ciudad, y mandó llamar a todos los cavalleros y ricos hombres de la ciudad para salir a rescebir a micer Persio y al Duque de Milán y a Topacia su sobrina.

E así salió el Emperador con muy gran cavallería, y muy ricamente ataviados, a rescebir al Duque y a micer Persio y a su muger. E así salieron dos leguas fuera de la ciudad, y fizo el Emperador al Duque mucha honra con gran cortesía. Y, así como lo vio, lo abrazo y lo besó en la cara, y así fueron los dos mano por mano hasta la ciudad de Roma.

Como el Emperador supo la mucha honra que el Duque había fecho a micer Persio, que no le había dejado gastar ninguna cosa, asimismo mandó el Emperador que ninguna cosa que el Duque hubiese menester en toda su tierra, que a él ni a los suyos no les fuese tomada ninguna manera de paga, so pena de la vida. Y mandó aposentar al Duque y a toda su gente muy honradamente en las mejores posadas de la ciudad, y el Emperador puso banco para que allí, todo lo que el Duque comprase, o los suyos que viniesen allí, que allí les sería fecha la razón. Y como hovieron reposado quince o veinte días, fizo aparejar el Emperador y meter en orden todas las cosas necesarias para las bodas dijese la misa el Santo Padre en la capilla de Sant Pedro, por le fazer mayor fiesta. E así oída misa, convidó el Emperador al Sancto Padre a comer con él, y a todos los Cardenales y Obispos que allí se hallaron aquel día. Las fiestas fueron tan grandes y tan ricas, que no hay hombre que las pueda contar. Duraron las fiestas treinta días. Al cabo de los treinta días que las fiestas fueron acabadas, el Duque pidió de merced al Papa y al Emperador le mandasen mostrar las reliquias de Roma, de que fueron muy contentos de se las fazer ver. E luego el Sancto Padre, con toda la clerecía, con gran solemnidad le mostraron los santuarios y reliquias. Y esto todo acabado, pidió por merced el Duque al Padre Sancto y al Emperador, le diesen licencia, que él se quería ir a sus tierras. El Sancto Padre y el Emperador dijeron que eran contentos que fuese en hora buena, y el Sancto Padre le mandó ciertas reliquias que se llevase consigo a su tierra. Y el Duque le dixo que le besava los pies y las manos por ello y se lo tenía en merced a su sanctidad, estimando mucho la gracia y merced que le había fecho. Y así se despidió del Sancto Padre, y del Emperador, y de micer Persio, con otros muchos cardenales y cortesanos, seis millas de Roma por lo acompañar. E así vino por tierra fasta Civita Vieja, donde le fue fecho gran rescebimiento por mandato del Emperador y del Sancto Padre, y estuvo allí dos días, fasta que toda la gente fue embarcada. E así se despidió de los cavalleros y jurados de la ciudad. Y, recogidos en sus naos, ficieron vela la vuelta de Milán.

IV

Capítulo de cómo micer Persio y Topacia su muger partieron de Roma, y de las cosas que pasaron

Como micer Persio tornó en Roma, buscava todas aquellas cosas con las cuales la señora Topacia su muger se alegrase y pudiese tomar plazer, por la mucha virtud que en ella conoscía. Y en tanta paz y concordia, que no había cosa en este mundo que ella ficiese, que por su marido le fuese

retraído, antes lo que ella fazia, era fecho, que micer Persio no mirava en cosa ninguna más de agrada y de tenella contenta, porque no había cosa en el mundo que tanto quisiese.

E así estuvieron por espacio de cuatro años, que nunca se empreñó, que esto era la cosa en el mundo que más deseavan ni que más ciudado les dava. E dixo micer Persio a su muger:

— Muy cara y de mí amada señora, el mayor deseo que tengo es, si a Dios Nuestro Señor pluguiese, que os diese un hijo o una hija, para que sucediesen en nuestros reinos y señoríos. Porque tengo creído que hay entre nosotros algún pecado, por donde Nuestro Señor no nos quiere oír nuestras oraciones.

Fueron de tanta tristeza para la Duquesa las presentes palabras, que toda vino a demudar, porque, si él tenía gran tristeza, ella tenía gran enojo de continuo, y díxole:

— Señor, no me parece cosa discreta de enojarse tanto por lo que Dios faze, ca muchas veces es mejor carecer de hijos, que tenerlos, e más salvación para el padre y para la madre, cuanto más si por ellos tienen de ver en peligros y en necesidad. Por ende, señor, no havemos de pedir a Nuestro Señor salvo lo que a nuestra salvación pertenece y más a su servicio y voluntad fuere. Y tenga vuestra señoría confianza en Nuestro Señor Jesu Christo, y en la gloriosa Virgen María, y en el bienaventurado apóstol Santiago, que él sea intercesor de presentar nuestras rogativas delante del conspecto divino.

Viendo micer Persio las tan discretas razones de su muger, y viendo que ella decía todo lo que se podía dezir, mudó el razonamiento, y no cesó de fazer muchas limosnas y otras obras meritorias, así como de antes facían. E con devotas oraciones rogavan al apóstol Santiago de Galicia les quisiese oír y rogar a Dios que les quisiese dar fruto de bendición, para que heredase sus tierras, porque no fuesen de extraño señor. Y siendole tan devotos, prometieron al glorioso apóstol Santiago que, en sintiéndose preñada, que irían en romería a su sancta casa, sin otra compañía ninguna, y le darían muchas dadivas. Y ni por aquesto no cesavan de fazer decir misas, y fazer procesiones, y casar huérfanas, y otros muchos bienes.

V

De cómo en sueños apareció un ángel a Topacia, y de las cosas que le dixo

Nuestro señor Jesu Christo y la gloriosa Virgen María oyeron su oración, por intercesión del bienaventurado apóstol Santiago, y no muchos días después que hicieron el prometimiento, la señora estando en su cama, le fue revelado de noche por el ángel de Dios, diciéndole:

— Topacia, las rogativas de vosotros y del bienaventurado apóstol, han subido al cielo, y Nuestro Señor Dios las has oído, y sepas que si tu has criatura alguna, te ha de venir gran daño, que Dios no le place que tú ni tu marido hayáis criaturas, que no os es provecho ninguno.

Y a estas razones que el ángel le decía era turvada Topacia, pero, esforzándose mucho, retornó en sí, y tuvo en sí las razones sobredichas, y rogó devotamente al ángel le diese fe en lo que le decía, y el ángel de Dios le respondió que no era necesaria otra seña, que harto bastava, que bien le creería.

E luego por la mañana levántose, y fuese para donde estaba micer Persio en su cámara, y contole todo como había pasado, de lo cual fue muy maravillado, mas parecióle que debía ser algún sueño variable. Pero como quiera que temía a Dios y a sus mandamientos, pensó mucho en sí lo que su muger le había dicho, y dixole:

— Señora, vuestra merced no debe dar crédito en los sueños, que son variables y vienen de gran flaqueza. Mas mi parescer, señora, es, si os parecerá, que lo debemos de remitillo a lo potencia de Dios, y que él haga aquello que más será su servicio.

E Nuestro Señor, viendo la buena voluntad y grande humildad de micer Persio, envió el ángel otra vez a Topacia, diciéndole que a Dios era agradable que concibiese, y de darles las cosas con que se alegrasen, y que ni dudase que ella sería preñada, que no tardaría mucho tiempo. Y así dio gracias a Nuestro Señor y al ángel, por la gracia que le había fecho, otorgándole Dios aquello que tanto deseava por estar bien y en amor con su marido. Y luego en la mañana contó todo lo que el ángel le había dicho a su marido, de lo cual él dio muchas gracias al Señor, que lo había oído y tanta gracia le había fecho, que le había dado cumplimiento a lo que él más deseava. Y luego en continente, deliberava de cumplir lo que a Dios y a señor Santiago les había prometido, y dice a su muger Topacia:

— Señora, pues que Dios, y su bendita Madre, y el apóstol Santiago, nos han querido fazer tanta de gracia de oír nuestras rogativas y de darnos aquello que tanto deseávamos, por eso cumple que pongamos por obra lo que hemos prometido.

Topacia le respondió que era mucha razón, y que, si su merced mandava, que lo pusiesen por obra antes que ella fuese más pesada, porque muy mejor lo pudiese cumplir y con menos trabajo. Y luego mandó micer Persio a tres plateros que mayor fama tenían en Roma y más sotiles de su oficio, y mandóles que le ficiesen una imagen de oro que pasase tres marcos, a honor y reverencia de señor Santiago y a su figura. Y así mismo mandó obrar un paño de hilo de oro tirado, el más rico que se pudo obrar. Y esto todo acavado, mandó venir a todos sus familiares que tenía en gobernación de sus tierras, y él les faze un razonamiento desta manera:

— Señores parientes y amigos, y leales criados, ya sabéis cuánta gracia Dios y la Virgen María nos fizo, a intercesión del Apóstol Santiago, en cumplir aquello que mi señora muger y yo deseavamos. Nuestra deliberación es, si a Dios le plazera y al Apóstol Santiago, de ir en romería a su bendita casa y de fazelle presente de aquello que Dios nos ha dado. Y deliberáramos de no llevar con nosotros otra compañía ninguna, salvo aquella de Dios, y como pobres peregrinos. Mis tierras y mis vasallos, que los miréis y guardéis y tengáis en justicia, así como fasta aquí habéis fecho y como yo confío de vosotros, siendo yo ausente dellas y de vosotros.

Y así se despiden dellos, y el mandó fazer unas esclavinas para él, y otras para su muger, y sendos bordones, según los romeros suelen llevar.

VI

De cómo se partió micer Persio y su muger en romería, y fueron cautivados por los moros

Así comenzaron su viaje, como quiera que en el tiempo de las grandes calores, facíaseles muy gran trabajo, especial que eran personas delicadas, y la jornada muy larga y a pie, ya podéis ver lo que sentirían. Y, andando por sus jornadas, llegaron en España.

En aquel tiempo, era la mayor parte de España de moros. Y un día partieron de una villa, y tomoles en el camino el calor a la hora de medio día. Topacia, como era muy delicada, fatigava el calor y la sed, y así andando por el camino, llegaron a un prado muy fresco, donde había una fuente que salía de una peña muy fría y muy dulce, y acordaron de reposar allí fasta que el calor fuese pasada.

Dice la historia, que el rey de Galicia y de Portugal, que eran christianos, facían cierto tributo a Felice, que era moro, rey de España, y en este tiempo había enviado Felice morro, rey de España, al rey de Portugal y de Galicia, por las parias que le acostumbraban dar. Y, cuando no las quisieren dar, que los desafiasen para el primer día de agosto, que para aquel día entendía de les dar campo y tomarles sus tierras, o de sojuzgarles bajo de su señorío. Oída la embajada del rey de Galicia y de Portugal, ellos les dieron por respuesta a los embajadores moros, que se fuesen de sus tierras mucho en buena hora, que ellos no deliberavan de darle ni pagarle tal tributo, pero que confiavan en Dios quel tributo que el rey Felice había llevado en los tiempos pasados, que él se lo haria tornar, o le ganaría sus tierras y lo sojuzgaría a su señorío.

Rescebida la respuesta los embajadores, ellos se despiden del rey de Galicia, y se van para el rey Felice, y le dan la respuesta de su embajada, diciéndole cómo el rey de Galicia no estava en disposición de le dar las parias acostumbradas, antes de las entendía de defender, y no tan solamente defendérselas, mas de cobrar dél las que fasta allí había llevado de sus tierras.

Oída la respuesta de su embajada el rey Felice, hovo tanto enojo, que no había hombre que se le parase delante. Mandó luego apercebir su gente y pregonar la guerra a fuego y a sangre contra el rey de Galicia y de Portugal. E así como fue juntado su ejército de su armada, fizo juramento que todos quantos christianos le viniesen adelante, que él los pasaría por la espada, y que a ninguno dejaría la vida. Y así lo puso por obra, y mandó a sus capitanes que lo ejecutasen, y con este voto se partió de sus tierras contra el rey de Galicia y de Portugal, y como la fortuna no es segura a los hombres, en aquel estante vino el rey Felice a poner su campo en aquel prado, estando reposando micer Persio. Y como la vanguardia iba una gran pieza delante el grand ejército, no movieron sentimiento ninguno del armada, de manera que allí fueron tomados micer Persio y Topacia de la gente del rey Felice, e fueron interrogados por un capitán si eran christianos o no. Y micer Persio y Topacia, por no negar la fe de Christo, dijeron que sí, que ellos eran christianos, pero que no eran de aquella tierra, que eran de Roma, vasallos del Emperador, pero que iban en romería a Santiago. E luego el capitán, muy cruelmente, mandó matar a micer Persio sin piedad y como las calidades de las mugeres naturalmente son aplicables y amigables a los hombres, viendo que Topacia era tan gentil criatura, con consentimiento de su compañía, deliberó de no la matar, mas de fazer un presente al rey Felice su señor. E como el rey fue llegado al campo, fazenle presente de Topacia al rey, y el rey, cuando la vio tan gentil y tan discreta, y de tan gentil crianza, agradecioles mucho el presente que le habían fecho a sus gentes. Y mandó luego el rey a un cavallero suyo, que luego se partiese a la ciudad de la Cabeza del Griego, a donde la reina su muger estava, para le enviar a Topacia. Y mandó el rey a un capitán suyo que se dezía Muza, que lo acompañase al cavallero y a Topacia fasta la ciudad de la Cabeza del Griego, donde estava su muger. Y escribele el rey a la reina desta manera:

Carta del rey a la reina:

— Muy cara y virtuosa señora mía:

Porque creo que vuestra señoría se alegrará del presente, acordé de le enviar a vuestra señoría cativa que han tomado mis guardas con un christiano, hombre de mucho valor. Y, por el voto que tengo fecho de pasar todos los christianos que a las manos me vinieren por la espada, mataron a su marido. Y por ser ella gentil, y de tan gentil crianza, me pareció que debe ser de buena parte, hela dejado para vuestro servicio».

Y, en espacio de un día y medio, fueron llegados donde la reina estaba, en la ciudad de la Cabeza del Griego. Y luego en llegando el cavallero, fue a palacio a la reina, a le dar su embajada y presente que traía, y él le besó las manos y le dixo estas razones:

— Muy noble y poderosa señora, el rey mi señor me envía a vuestra alteza con esta christiana cativa, la cual ha tomado en este viaje. Crea vuestra alteza que es la muger más discreta y de más noble crianza que jamás nunca se vio.

E como la reina vido la christiana, fizola descubrir, que venía atapada, y, cuando se vido su hermosura y su disposición, fue muy alegre, teniéndoselo en merced al rey su señor, y agradeciolo mucho al cavallero que le había traído. Mirava la reina el gesto y gracia que Topacia tenía en tanta manera, que no se podía faltar de miralla, y Topacia, como quiera que se había visto señora y servida, veíase servidora y cativa. Era tanta su tristeza, que sus ojos le eran tornados fuentes de agua, que de ninguna cosa se podía en el mundo alegrar, diciendo palabras de gran dolor, maldiciendo a la fortuna tan mal la había taratado:

— ¡Oh fortuna desigual! ¡Oh mal sin remedio! ¡Oh Topacia, que en mal sino fuese nacida! ¡Oh mala hora! ¡Oh planeta infortunada que ha corrido sobre ti! ¡Qué pecados fueron los tuyos? ¡Qué ofensas feciste a Dios, por donde te vino tanto mal? Hante muerto tu marido y tu señor, que jamás lo esperas de cobrar. Los días de tu vida son muy pocos. ¡Más se te valdría morir, que vivir en tanto dolor! ¡Qué es de tus riquezas, tus joyeles, tus tesoros? ¡Qué serán de tus vasallos, que nunca más te verán? ¡Qué es de tus damas y tus criados? ¡Dónde son tus señoríos? ¡Qué hará el Duque tío? ¡Qué dirá? ¡Oh fortuna infortunada! ¡Por qué me has tratado tan mal?

Viendo la reina la gran congoja y dolor que Topacia tenía, y las cosas que de su boca se dejaba dezir, que no había hombre en el mundo que no le quebrase el corazón, hubo tan gran piedad de ella, que la reina comenzó a confortarla, y decirle desta manera:

— Hija mía, baste ya lo que has hecho, y no te fatigues, ni mates tu delicada persona. Mas yo te ruego que tú me digas la verdad de lo que yo te demandaré y no me niegues la verdad, que yo te prometo, por le fe mía, y con tanto amor te quiero tener. Y lo que te quiero demandar es: ¿de dónde eres natural?, porque tu gesto de ser muger de buena parte.

Y Topacia le respondió, llorando de sus ojos:

— Muy virtuosa señora, sepa tu señoría que yo soy christiana, hija del Marqués de Ferrara, sobrina del Duque de Milán, y fui casada con un sobrino del Emperador de Roma, que se decía micer Persio, que era señor de la mayor parte del Imperio Romano. Y, yendo en romería a señor Santiago, la gente del rey Felice tu marido me lo ha muerto, y esto, señora, puede creer vuestra señoría que es la verdad de lo que me ha demandado.

Sabiendo la reina la verdad de Topacia, mandó que le trujesen muchos paños y sedas y brocados, para que luego le ficiesen ropas para su vestir. Y Topacia pidió por merced a la reina que ninguna ropa ni vestidura para ella fuese de color ni de brocado, ni se la mandasen vestir ni traer consigo. Pues la fortuna suya así lo había querido, que había perdido lo que nunca jamás esperaba de cobrar, más que, si a su señoría le pluguiese. Y tanta merced le quería fazer, que la mandase vestir de un paño negro, el más grueso que se pudiese fallar, y que aquello le convenía traer. E la reina, por la contentar, así lo mandó fazer, y como la reina la vido vestida, parescíole muy mejor que de primero. E fue tanto el amor que puso la reina con ella, por su gentileza y buena crianza, que todo lo que Topacia mandava, era fecho, y la reina no contradecía ninguna cosa que Topacia huviese fecho. E viendo ella el mucho amor que la reina le mostrava y le tenía, un día, estando las dos retraídas en un retraimiento, dijo Topacia a la reina:

— Señora, yo sé bien que vuestra alteza es preñada, y yo la querría mucho servir, porque yo, señora sé muy bien obrar de oro y seda, para cuando querrá Dios que vuestra alteza sea parida, obrarle—hía una rica cortina para su cámara, y otras joyas ricas para vuestra alteza.

E viendo la reina la gana y el deseo que Topacia tenía de servirla, mandóle dar oro y seda y holandas o telas burgueses, y todo lo que ella quisiese, para obrar de sus manos, y que ella ficiese aquello que a ella mejor le parecía. Porque era tanto el amor que la reina le tenía, que todo lo que hacía o decía le parecía perlas, e agradesciole mucho su buen deseo. E desta manera Topacia comenzó de obrar una cortina que, cuando fue acabada, era la más rica cosa que en España se podía fallar de su suerte, que la reina la estimava tanto, que ningún precio bastava, y si hasta allí le había tenido mucho amor, muy mayor le tenía de allí adelante.

Un día entre los otros, estando los dos burlando y jugando, conoció la reina que Topacia era preñada, y díxole:

— Hermana mía, paresceme que estás preñada también como yo, que tan gruesa tienes la barriga como yo. Yo te demando de gracia que no me lo quieras negar.

Topacia le respondió, y díxole desta manera:

— Verdad es, señora, que yo soy preñada, que más me hoviera valido que no fuera, que a causa desta preñez yo soy puesta en grande fortuna. ¡Salí con mi marido de mi tierra, donde me lo han muerto, y he perdido todo cuanto bien tenía!

E como la reina hovo oído estas razones, mandole que, de allí adelante, que no ficiese cosa ninguna fasta que fuese parida. E así mandó la reina que le fuesen dadas todas las cosas cumplidamente a Topacia como a ella misma. Y en esta manera estaban las dos, que nunca se partían la una de la otra, y el amor de las dos era tan grande, que aunque fueran hermanas, no podía ser mayor.

Plugo a Nuestro Señor Dios que las dos viniesen a parir el primer día de Pascua Florida, y la reina parió un hijo, y porque era nacido en tal día señalado, mandóle poner por nombre Flores. Y Topacia parió una hija, y asimismo, por que nació el mismo día, mandóle decir Blancaflor. Y así mandó la reina que los diesen los dos a Flores y a Blancaflor, y que les buscasen dos amas que los criasen, que fuesen tales, cuales perteneciesen. Pero, como Topacia hovo parido, tomó en sí tanta tristura, que nunca hacía otra cosa sino llorar. E la reina, viéndola estar así triste, conhortavala, diciendo:

— Hermana mía, no os enojéis, que tan buen recaudo habrá Blancaflor vuestra hija, como Flores mi hijo, por el mucho amor que yo vos tengo.

Y Topacia le respondió, dandole muchas gracias por la buena voluntad que su señora le tenía.

E así en esto continuadamente la reina visitava a Topacia, por darle alegría y plazer, y por facerle perder la tan gran tristeza que siempre tenía. Pero, como quiera que la congoja que Topacia tenía era tan grande, que con cosa ninguna no se podía confortar, lo uno de la gran fatiga que de sí misma tenía, lo otro que del parto había quedado muy quebrantada. Como quiera que fuese aquella la primera vez que había parido, viendo que su vida era poca, suplicó a la reina que le mandase traer su hija Blancaflor, que la quería ver. Y la reina, por que se alegrase, fizo que fuesen por ella a casa del ama que la criava, y que luego se la trujesen. Y cuando ella la vio, comenzó de llorar y dezir:

— ¡Oh hija mía! ¡Vos havéis sido cuasa de la muerte de vuestro padre y de la gran perdición mía! Hija mía, ¡cuán caro vos me costais!

Diciendo estas palabras, conoció que el ánima se le quería salir, y así comenzó de besarla y darle su bendición, y diciéndole desta manera:

— Hija mía, pues que en mis días no havéis podido solamente rescebir del agua del baptismo como christiana, yo, con estas lagrimas mias, vos baptizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Sancto, amén.

E decíale:

— Yo, hija mía, vos baptizo con este sancto nombre de Jesús, el cual sea en vuestra guarda y os haga buena christiana.

Y, después, de dichas estas palabras, volvióse a la reina, con grandes llantos y suspiros que le atravesavan el corazón, y díxole:

— Muy poderosa señora, yo suplico a vuestra alteza que tenga esta criatura por encomendada, porque ella viene de tan buena parte. Que en algún tiempo le será pagado lo que faze por la desventurada madre y la desdichada hija. Y el mi cuerpo haga enterrar donde se entierran los christianos.

Dichas estas palabras, perdió la vista de los ojos, y diciendo:

— *¡In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!*

E así dio el ánima a quien la había criado.

VII

Capítulo de cómo la reina sintió mucho la muerte de Topacia, y encargó mucho al ama a Blancaflor

Dice la historia que, como Topacia fue muerta, la reina fizo tan gran duelo por ella, como si fuera su hermana, y mandó al ama que criava a Blancaflor, que le diese tan buen recaudo como si su propia hija fuese, y el ama así lo fizo, adoleciéndose della por el mucho amor que a su madre le había tenido.

E cuando fueron pasados algunos días, mandó la reina que le trujesen a Flores y a Blancaflor, que los quería ver. E cuando la reinalos vido, e vido que parecía el uno al otro, que esto era maravilla, y allegaron el uno al otro, y tomáronse de las manos y besaronse. E la reina fue maravillada de todo esto, pero hubo mucho plazer que dos criaturas tan chicas se mostrasen tanto amor.

E como Flores fue de tres años y medio, mandó el rey que le buscasen un maestro que fuese gran sabio y hombre de buena crianza, y dicenle que en Toledo había un moro, hombre muy sabio, de gentil criaza y muy político. Y el rey, luego en la hora, envió por él, el cual se decía Mahomat Abdali, y este moro era hombre tan sabio y de tan gran consejo, que no se fallava otro tal en su reino. E como Mahomat Abdali vido las cartas del rey, luego en la hora se aparejó lo mejor que pudo para ir allá donde el rey le mandava a complir su mandado.

Así como llegó a la corte, no se apeó en ninguna parte fasta haver besado las manos del rey. Y, como el rey lo vido, hubo mucho plazer en verle que era hombre tan prudente y de tanta auctoridad, viendo que aquel convenía a su propósito. Mandole aposentar muy bien, y que estuviese cerca de su palacio. E mandó enviar por Flores y, como Flores fue venido, mandó llamar a Mahomat Abdali, y el rey le dice:

— Mahomat Abdali, por la buena fama que de vos me han dicho, y porque me paresce que vos sois tal persona, que cualquiera cosa se os puede encomendar, lo que cumple a nuestro servicio, es que administreis a Flores mi hijo de buenas costumbres. Así como yo espero de vos que lo havéis

de fazer con mucha diligencia, así en las cosas que cumplen al servicio de Dios, como en las cosas de la cavallería, y en esto nos haréis mucho servicio.

Y luego Mahomat Abdali besó las manos al rey por la merced que le hacía, y el rey le prometió que él faría mercedes allende de le dar su acostamiento y todo cuanto hoviese menester.

Cuando Flores vido que el rey su padre le había dado ayo y maestro, suplicó al rey, pues le había dado buen maestro, que no partiesen dél a Blancaflor, porque la amava mucho, y que mandase a su maestro que así tuviese cargo della como dél. Y el rey, por contentar a Flores, dixo que le placía de buen grado, y así Flores besó las manos al rey por ello.

Pero, como quiera que era mayor el amor que tenía Flores a Blancaflor, que no gana de estudiar, jamás se podía partir della, y su maestro, con todas cuantas maneras de artes buscava, no le podía fazer aprender cosa alguna. Y luego Mohamat Abdali, maestro de Flores y Blancaflor, viendo que, en ninguna forma ni manera, ningún remedio tenía con su criado Flores. Que no hacía cosa ninguna que por él le fuese mandada, y que él no podía salir con su honra, deliberó de decirlo al rey, por su descargo, diciéndole cómo Flores no quería regirse ni gobernarse por lo que él le decía, que antes no le podía quitar de Blancaflor, ni partirlo della, que él la adorava y ella era su Dios, y en otra cosa no pensava. Y cuando el rey hovo oído estas palabras, fue muy enojado, y fuese para la reina, diciéndole:

— Señora, yo creo que en mal punto havemos criado esta donzella, que aquesta ha de ser causa de destruir vuestra Ley, que nuestro hijo Flores lleva camino de destruir nuestro Estado. No sé en qué manera los pudiese apartar, por quitar tan gran escándalo en nuestra tierra.

Oídas por la reina las tan lastimeras razones que el rey su marido le había dicho, le respondió con semejantes palabras:

— Señor, si vuestra alteza quiere tomar mi consejo, bien creo que lo acertará. Porque no hay cosa en el mundo que más pueda apartar el amor, que es la ausencia. Debe vuestra alteza enviarlo a su primo el Duque de Montorio, faciéndole saber toda la causa, y que lo apartase lo más que pueda de tal pensamiento. Y le dé los mayores placeres y deportes, así de juegos, como de cazas o de galas, de lo cual tenga vuestra alteza por cierto que el Duque sabe tanto, que él lo apartará del tal pensamiento.

Havido su consejo, pareció al rey que era bien lo que la reina le decía, y luego, vista la presente, el rey envió por Flores y por su ayo Mahomat Abdali. Y díceles cómo tenía que deliberado de los enviar a Montorio, porque allí les parecía que podría mejor estudiar Flores y mucho más a su placer, y que así lo quería. E, oído que hovo Flores la deliberación del rey, dixo que él era muy contento de ir allá donde su alteza mandase. Pero que suplicava a su alteza que le ficiese una merced, que dejase ir a Blancaflor con él. El rey le respondió que no se podía fazer, porque no era cosa lícita ni honesta que una donzella fuese en su compañía a estudiar, e también que la reina su madre la había menester para que la acompañase, pues que sabía que no se sabía hallar sin ella, y que en ninguna manera no podría ir con él. Y Flores le respondió que, pues su alteza deliberava de apartarlo de Blancaflor, que bien pocos serían los días de su vida.

Viendo el rey las palabras que su hijo le decía, fue muy maravillado del gran amor que a Blancaflor tenía, pero, con palabras amorosas, le decía:

— Hijo mío, vos ya tenéis conocido que no hay en este mundo cosa que yo ame tanto como a vos, y, creído esto, conoceréis que yo no lo hago por acortarvos la vida, mas por alargarla tanto como mis fuerzas bastarán. Y pues que veis que habéis de suceder en nuestros reinos, es de menester que sepáis alguna cosa de ciencia, porque llevéis alguna ventaja a vuestros vasallos. Y también

vuestra madre está enojada, y no quiere que otra ninguna la sirva sino Blancaflor, y luego como la reina esté buena, yo os prometo de os la enviar a Montorio para que os sirva.

E viendo Flores que la voluntad del rey su padre no era que Blancaflor fuese con él, pesóle mucho, y dixo al rey:

— Pues vuestra alteza y la reina mi señora, mandan que no vaya Blancaflor conmigo, yo soy muy contento de ir a Montorio y allá donde vuestras altezas mandaren.

E luego mandó el rey su ayo Mahomat Abdali, y a otros cavalleros, que fuesen con él, que luego se aderezasen para otro día de mañana, que fuesen tres o cuatro leguas de allí a comer, porque muy mejor sería partirse luego por la mañana, que no esperar más.

Pero Flores era muy triste de su partida y de Blancaflor. E viendo el rey que su hijo que tanto amava estava muy triste, él lo tomó por la mano, diciéndole:

— Hijo mío, decidme vos qué es la causa por que estáis triste que no vos puedo ver alegre. ¡No me neguéis la verdad, que, todo lo que vos quisierdes, yo vos lo mandaré dar muy complidamente!

E Flores le respondió:

— Señor, sepa vuestra alteza, que su vuestra alteza y la reina mi señora me quitan a Blancaflor de delante mis ojos, crea vuestra alteza que la vida mía es poca, porque toda mi alegría y mi bien es Blancaflor. E todas las otras cosas no me alegran, ni son para mí cosa ninguna.

El rey, cuando bien hovo escuchado a Flores su hijo, quedó muy espantado, y el rey le decía:

— Flores, hijo mío, ¿no sabéis vos que no hay cosa en el mundo que yo ame tanto como a vos? Pensad que, si yo viese que satisfacía a vos la compañía de Blancaflor, yo no vos la llevaría. Mas porque a vos no cumple la compañía suya, y es la voluntad mia que se quede con la reina vuestra madre.

Viendo Flores la voluntad del rey, fue muy enojado. Y el rey se fue para la cámara donde estava la reina, a decirle cuán vencido estava Flores su hijo de los amores de Blancaflor. Diciendo que en mal punto havían criado aquella cativa christiana, que aquella devía ser qualque diablo, que así le tenía vencido su hijo Flores que tanto amava, que en ninguna manera, ni por ninguna buena razón, lo podía desviar della, que Blancaflor era su Dios y su vida, que él no adorava sino a Blancaflor. Y que él no se acordava del rey su padre ni de la reina su madre, que para con Blanca Flor, no havía ninguno que tanto amase, que aquella havía de ser destrucción de la Ley suya y de su reino, si con tiempo algún remedio no se ponía.

Oyendo la reina tales razones, fue muy triste y muy pensativa de lo que el rey le havía dicho. Pero, como quiera que la reina fuese muger sabia, estuvo pensando cómo le podría llevar a Flores el mucho amor que a Blancaflor tenía. Deliberó de pasar a la cámara donde el rey estava, a decirle cómo le parecía que por ninguna cosa debía dejar su propósito de enviar a Flores a Montorio. Porque no havía cosa en el mundo que tan presto le ficiese perder el amor que tenía a Blancaflor, como la larga ausencia, y que de esa manera los apartarían el uno del otro. Y el rey dixo que era bien, y que así lo quería fazer.

VIII

Capítulo de cómo Flores se partió con su ayo y otros muchos cavalleros para Montorio

Y luego otro día, de mañana, el rey mandó cabalgar a todos los que habían de ir con Flores. Y el rey, con toda aquella gente, se fue a la cámara donde estava Flores, y díxole:

— Hijo, veis aquí toda la cavallería que havéis de llevar, que vos está esperando.

Y entonces, Flores salió de la cámara y dixo a su padre que fuese a cabalgar, quería ir a despedirse de Blancaflor y, entrando en una cámara donde Blancaflor estava, le empezó a dezir tales palabras:

— Señora, pues la adversa fortuna y mi desdichada suerte, ha querido que a mí y a vos departiesen, tenga por cierto que, aunque departen el cuerpo, no se departe el corazón, mienta que viviere, de pensar en vos.

Y con grandes llantos y suspiros, que las entrañas de los dos arrancavan, le dixo Blancaflor:

— Ya sabéis, señor, cómo, siendo apartada de vos, so apartada de los días de la vida. Por eso, señor, vos ruego que toméis este anillo con esta piedra, que tiene tal virtud, que, cuando yo seré en alguna tribulación, la piedra perderá la color. Y en esto, señor, conoceréis si algunas desdichas me acontecieren por vuestra ausencia, y así os acordaréis de aquesta vuestra sirvienta, de quién no seréis olvidado.

Y así se despidió de Blancaflor. Y el rey envió al Duque de Montorio su primo con un correo a avisalle cómo él enviava a su hijo a su tierra, que lo hoviese por encomendado, así como él faría por cosas suyas. E, como el Duque vido las cartas del rey, hovo mucho plazer, y mandóle aparejar muy buenas posadas, para él y los que con él venían.

Así como el Duque supo que Flores era entrado en sus tierras, mandó que así fuese rescebido como su propia persona. Y el Duque mandó que todos los cavalleros y principales de toda su corte que se aderezasen para el rescebimiento de Flores.

Como Flores fuese a una jornada de Montorio, el Duque salió, e fueronse a encontrar a una legua de la ciudad, y mandó que sacasen los de la ciudad como pertenecía a una hijo de rey. Y así entró Flores en la ciudad de Montorio con mucha honra y gran fiesta que el Duque su tío le fizo.

Como hubo dos o tres días que fueron llegados, ordenaron justas y juegos de cañas, y por le fazer mayor fiesta, cada día sacavan maneras de juegos y invenciones, y cosas de gran alegría.

Pero a Flores ninguna cosa lo alegrava, antes, como mayores fiestas se facían, más le crecía la tristeza. Viendo el Duque su tío que, con cuantas fiestas, alegrías y plazer le hacía, en ninguna manera no lo podía alegrar. E un día yendo a caza el Duque y Flores, demandó el Duque a Flores qué le parecía de su tierra y de sus cavalleros, y Flores le respondió que muy bien. Dice el Duque a Flores:

— Mucho me hago, señor, maravillado de vos, que de ninguna cosa se alegra vuestra señoría.

Respondiole Flores que no se maravillase su señoría, que ya su condición es tal, no porque él no estuviese contento y le pareciesen muy bien las cosas de su tierra, porque él estando en su tierra, hacía cuenta de que estava en las tierras del rey su padre, y que no creyese su señoría que por otro lo hacía.

Pasaron algunos días, y el Duque fue informado de algunos de los que servían a Flores. E como el Duque fuese informado de los amores de Flores y Blancaflor, de todo lo que pasava. Deliberó de escrebir al rey, avisándole de lo que pasava, y que le parecía que sería mejor que su alteza le

enviase a Blancaflor, y que su alteza mandase proveer, porque se podría recrecer alguna dolencia por donde se viese en mucho peligro.

Como el rey vido las cartas del Duque pensó en sí cómo podría apartar a su hijo la fantasía de Blancaflor. Pensó de darle la muerte a Blancaflor, pensando que su hijo la olvidaría, y el rey envió por la reina, por decirle que qué le parecía. La reina le respondió cómo se podría fazer que no fuese sabido. El rey le dixo:

— No, señora, que yo faré que el consejo mío, por cierta causa, le dará la muerte, e desta manera no nos será dado cargo ninguno.

E luego el rey envió llamar al senescal suyo, y le dice las semblantes razones:

— Ya sabéis, senescal, cómo, en vida de mi padre el rey, cuánta parte os dio de sus secretos, y cómo lo servistes lealmente en todo lo que por él os fue encomendado. Y así tengo yo mucha confianza de vos, que vos me teneis secreto en lo que yo agora os quiero dezir. Ya sabéis cómo esta christiana cativa Blancaflor creo que debe ser algún diablo que tiene hechizado a mi hijo Flores, que ni come, ni bebe, ni duerme, pensando en sus amores. Y esta creo que ha de ser principio y fin de la destrucción de mis reinos y de nuestra Ley, si no se pone algún remedio. Y, para quitar tantos daños como sobre esta muger se pueden recreszer, es mi deliberación de darle la muerte.

Oídas las razones, responde el senescal al rey, diciéndole que mirase mucho su alteza, porque natural cosa era vencerse un hombre mozo del amor de una muger, que no había cosa en el mundo de que más fuese vencido, especialmente que la plática de los dos había sido tanta, que no se maravillava de cosa ninguna que por Flores pasase. Pero que, si la voluntad de su alteza era, que él estava aparejado para fazer lo que su alteza mandase. El rey dice que sí, y que aquello es lo que cumple a su servicio:

— Y haveislo de fazer desta manera, que vos havéis de empozoñar una gallina, y traerla ha un paje por su parte cuando yo estaré asentado a comer, y darla heis a un perro y la pozoña obrará. Y Blancaflor no podrá defenderse ni probar la contra, será digna de muerte, y desta manera podrá morir Blancaflor y nos seremos sin cargo.

Y así el senescal se despidió, y puso por obra lo que el rey le había mandado. Y el senescal faze aparejar una gallina, y, al tiempo que el rey se asentó a la mesa, el senescal envió la gallina con un paje, diciendo que Blancaflor la enviava su alteza, porque era muy buena y muy tierna, y que suplicava a su alteza comiese della. Y como el maestresala y el trinchante vieron cosa que no se acostumbrava fazer, que no solía Blancaflor enviar presente al rey, empezaronla a cortar, y dieron una pierna a un perro que estava bajo la mesa, y, en comniéndola, cayó luego muerto. Y, como el rey lo vido, comenzó a dezir con altas voces:

— ¡Traición! ¡¡Traición!!

Y luego mandó al senescal que prendiese a Blancaflor y le ficiese dezir por qué había cometido tan gran traición, o quién se lo había mandado, o si de su cabeza había salido, y si de su cabeza había salido, que luego la mandase arrastrar y fazer cuartos. Y luego el senescal fizo el mandamiento del rey, y fuese para donde estava Blancaflor, y mandola prender y poner en una muy oscura prisión, y díxole:

— ¡Ay de ti, Blanca Flor, que tus carnes serán fechas cuartos, por la gran traición que has cometido!

Y fuese para el rey, y díxole cómo ya la tenía presa, que qué mandava su alteza fazer della. Y el rey mandó llamar a todos los de su consejo, por que mejor color llevase su malvado deseo, y allí les dixo cómo Blancaflor lo había querido matar con una gallina emponzoñada.

IX

De la sentencia que fue dada a Blancaflor por el rey y los de su consejo.

Yo el rey Felice, rey de España, señor de los habitadores della, visto por nos y por nuestro consejo real cómo es acometido un crimen y gran traición contra nos y contra nuestra corona, por nos llevar la vida, por una christiana, criada de nuestra casa, que se dice por su nombre Blancaflor, que acordadamente, con deliberado pensamiento, no temiendo por el temor de Dios y de nuestro sancto profeta Mahomat, en menosprecio de nuestra justicia, que nos ha querido dar la muerte con una gallina ponzoñosa, la cual fue experimentada en un perro y de continente fue muerto. Por el cual acometimiento endiablado, visto y aprobado por Nos y por nuestro consejo, mandamos, por la maldad acometida, mandamos que sea quemada, y que el ánima suya sea disipada del cuerpo, y sea fecha polvos, porque sea a ella castigo y a los otros ejemplo.

Y así fue dada la sentencia para que Blancaflor fuese quemada de allí a tres días.

Y, en esto, Flores no sabía cosa ninguna, pero estando hablando con el Duque su tío, vinole de súbito un gran tristor al corazón, que en el mundo podía saber qué podía ser. Miró el anillo que Blancaflor le había dado, y falló la piedra que había perdido la color y, viendo la experiencia del anillo, conoció que Blancaflor era en alguna tribulación. Pide por merced al Duque su tío le diese un cavallo y armas, porque quería ejercitar su persona a las armas, y el Duque que fue muy contento, que todo cuanto él tenía era para servicio. E luego el Duque mandóle traer el mejor cavallo que tenía en su cavallería, y las armas que había menester. Y flores cabalgó delante el Duque, y comenzó a poner las piernas al cavallo, y empezó a correrlo y fazer algunos continentes delante el Duque, y pidiole por merced le dejase salir al campo, y el Duque fue muy contento.

E como Flores se vido fuera de la ciudad, tomó gran placer, e tomó su camino en las manos y caminó aquel día y aquella noche, fasta otro día de la mañana. Y fallase, cuando salió el sol, en el lugar donde se había de ejecutar la sentencia de Blancaflor. Y demandó a unos hombres que traían leña para quemar a Blancaflor, y preguntoles que para qué traían leña. Y ellos le dijeron que para quemar allí una christiana del rey, que había querido dar yerbas al rey en una gallina, por matarlo, y que era dada sentencia que la quemasen.

Viendo Flores el gran aparejo que se hacía, conoció que era Blancaflor. No se quiso partir de allí. A cabo de un grande rato, vido salir por la puerta de la ciudad muy grande gente, y el senescal con todos los alguaciles, y en medio dellos traían a Blancaflor, con unas ropas muy pobres vestidas y una gran cadena al cuello. Y llegados en el lugar donde la habían de quemar, la ficieron descabalar, y ella viendo su muerte tan cerca, pidió por merced al senescal que la dejase fazer oración, y él le dixo que le placía. Y así ella hincó las rodillas en el suelo y alzó los ojos al cielo, y con muy gran llanto, empezó a dezir:

— ¡Oh misericordioso Dios! Tú, que por benina clemencia veniste a tomar muerte y pasión por salvar el género humano, te plega salvar a estar tu sierva por tu infinita bondad. Y tú, Señor, que eres juez justo, te ruego que quieras mostrar milagro de tan falso crimen como estos moros me han levantado.

E, así como la oración fue acavada, mandaron tocar dos añafles. Al tiempo que la quisieron meter en el fuego, Flores puso las piernas a su cavallo, y empieza de atropellar la gente fasta llegar donde estava Blancaflor, y tomóla por la mano y sacola de poder de la gente. Y, como la tuvo en libertad, demandó Flores a la donzella:

— Por la fe que vos tenéis, ¿qué cosas tan graves y tan feas havéis vos acometido, que tan mala muerte vos han mandado dar?

Muy humildemente respondió Blancaflor:

— ¡Por Dios vos ruego, cavallero, me queráis escuchar! Vos, señor, sabréis que el senescal malvadamente me ha acusado que yo, con una gallina emponzoñada, quise matar al rey. Así Dios me salve, que yo no soy en cargo de este fecho ni de pensamiento. Y esta es la verdad deste fecho de que vos me habéis interrogado.

Y, en todo esto, Blancaflor no había conocido a Flores. Como ella fuese turbada, y él venía en las armas, no lo conocía. E tomola por la mano, esforzandola y diciéndole:

— Donzella, no hayais ningún temor, que antes perderé yo mi cabeza, que vos hoviesedes mal. Y si hoviere algún cavallero de los del rey, que quiera mantener la gran injusticia que a vos fazen, yo vos defenderé, con el ayuda de Dios.

Y como Blancaflor vido la buena voluntad del cavallero, diole muchas gracias por ello, diciéndole:

— Cavallero, a Dios y a vos me encomiendo, ¡por lo que debéis a la virtud de caballería, que vos defendáis la buena verdad y justicia, que yo tengo confianza en Dios que él ayudará a vos y a mí contra la falsia!

Los alguaciles que llevaban a Blancaflor a quemar, visto que aquel cavallero había tomado tan gran empresa de salvar a Blancaflor de aquello que por el rey y por su consejo era visto juzgada, deliberaron de ir al rey y de fazerle saber lo que pasava. Y el rey, cuando lo supo, fue muy maravillado del mucho atrevimiento que aquel cavallero, que había querido quebrantar el mandamiento suyo, estando en su tierra. Y el rey quiso saber quién era aquel cavallero. Y el cavallero envió al rey, que suplicava a su alteza no quisiese saber quién era, que bien había tiempo para saberlo. Pero que pedía por merced a su alteza, que le mandase dar campo con el senescal suyo, que falsamente había acusado a Blancaflor, que él no era venido por otra cosa ninguna, salvo por deliblarla de la gran maldad de que la habían inculpado. Y el rey, que esto vido, que aquel cavallero así impunava el fecho, mandó que le aposentasen muy bien, diciéndole que folgase, que si él buen derecho tenía, que le sería muy bien guardado. El cavallero pidió por merced al rey que le diese dos cavalleros de los suyos, que fuesen tales y tan fiables, para que les fiasen a Blancaflor, que fuese segura fasta que la cosa fuese juzgada. Y él dixo que era muy contento, y así mandó a dos cavalleros tales, que tomasen a Blancaflor en su poder y que la guardasen muy bien, de manera que no recibiese ningún daño, fasta que por aquel cavallero fuese delibrada. Y así fue fecho.

El rey envió por el senescal, y los dos hablaron en secreto, y el rey dixo al senescal que qué le parecía de aquel fecho de Blancaflor, que aquel cavallero todavía deliberava de la librar por las armas. Y el senescal respondió al rey: que bien savía su alteza que todos los suyos eran muertos en su servicio, y por la honor de su corona, que él así lo faría, y que él confiava en Dios que él habría la vitoria de aquel cavallero. Que su alteza les asegurase el campo para un día señalado, porque él presumía tanto de su fuerza, que no estimava a nadie. ¡Tan grande era la soberbia que tenía! Y el rey dixo que era contento. Pero no le parecía al rey que era bien, conociendo la mala justicia que el senescal y él tenían, temiendo no les viniese a la contra de su propósito. Pero erale forzado de fazerlo, porque Flores impugnava su hecho, requiriendo mucho al rey por que la buena verdad fuese declarada. E los cavalleros de la corte del rey, pareciéndoles que Flores demandava justa razón, dijeron al rey que no detuviese aquel cavallero por ninguna cosa, que era lo que cumplía a su servicio y a la honor de su corona. Pues le demandava campo, que se lo mandase dar que, en otra manera, parescería la sentencia que había dado a Blancaflor fuese falsa y mentirosa.

El rey, cuando vido que no se podía defender más, que le era forzado así, dioles campo de ahí a dos días. Y, en este tiempo, que los cavalleros se aderezasen de cavallos y armas. Y cada uno dellos señaló el padrino que mejor le paresció. Y, así todo puesto a punto y aparejado, llegó el día que era asignado el campo, y luego por la mañana fuese Flores al palacio del rey y besóle las manos, y pidióle por merced le asegurase el campo, porque él era extranjero, y el senescal era natural del reino y bien emparentado. El rey le dixo:

— Cavallero, no temáis de cosa ninguna, que toda justicia se os ha de guardar a vos, y a cualquier cavallero viandante que a mi reino viniere.

X

Capítulo de cómo Flores mató al senescal en el campo

Complido el plazo, el rey y la reina, con los jueces y con toda su cavallería, se vino al cadalso, e fizo fazer un pregón, so pena de la vida, que ninguno fuese osado de ayudar a una parte ni a otra. Y así mandó entrar los dos cavalleros en el campo, y con ellos sus padrinos. Y, fechas sus señas, se apartaron los padrinos afuera, y los cavalleros se vinieron el uno contra el otro de tan gran fuerza, que parecían leones. Y el senescal dio a Flores un golpe que le quebró la lanza encima. Mas Flores le dio tan gran golpe, que le falsó el escudo, e cayó el senescal y su cavallo en tierra. Y, como el senescal fue en tierra, puso mano Flores a su espada por le cortar la cabeza, y el senescal le pidió por merced, y por lo que devía a virtud, le dejase cabalgar en su cavallo, y Flores fue contento. Y, como fue a cavallo, tomó una gruesa lanza y vinieronse el uno para el otro, y Flores erró el encuentro, y el senescal encontró a Flores, y falsole el escudo por alto y llevole la visera. Fue tan recio el encuentro, que cayó Flores en tierra, y como el senescal lo vido que era caído, puso la mano al estoque por le cortar la cabeza. Como Flores lo vido venir, levantose muy presto y puso mano a su espada, y vase para el senescal, y danse tan grandes golpes de las espadas, que era una cosa espantable. Pero, como Flores fuese más mozo y más esforzado, siempre llevaba lo mejor de la batalla, y Flores lo fatigava mucho. Y el senescal, viendo que no podía escapar de la muerte, dice a Flores:

— Cavallero, ¿si a vos pluguiese que reposasemos un poco, que gran pieza ha que trabajamos?

E cuando Flores oyó las razones del senescal, conoció dél que su fecho era flaco, y algunas veces se le olvidava la espada en la mano, que no era tan presto como de primero. Plugole mucho, y comenzó de dalle prisa muy recio, por darle la muerte. E Flores dio un golpe al senescal con dos manos, que le falsó el almete y lo abrió hasta los ojos. E como el senescal fue caído, vino su padrino y sacolo del campo, diciendo a los jueces si había más que fazer sobre aquel fecho. Y así mandó el rey que lo llevasen a Flores con mucha honra, por la vitoria que Dios le había dado, aunque el rey no le placía. Pero Flores no quiso partir del campo fasta que Blancaflor fuese delibrada por los jueces del campo. Y luego Flores, ante de ninguna cosa, suplicó al rey fuese publicado, como era acostumbrado de publicarse tales fechos. Y el rey fue contento de lo fazer, y mandó sacar a Blancaflor a un cadalso, y con ella a Flores, con trompetas y atabales y con mucha honra, publicando cómo aquel cavallero había delibrado a Blancaflor del crimen que le era levantado falsamente.

Y esto todo acabado, Blancaflor pidió por merced al cavallero le dijese su nombre, por que, cuando viniese Flores, le supiese dezir por quién era libre, y el cavallero le dixo que no lo podía saber, mas qué iba donde era Flores, y que se lo diría.

Flores besó las manos al rey y despidiese dél, encomendandole a Blancaflor, que sus altezas la mirasen con ojos de amor, pues ninguna culpa en ella se hallava y no podían fazer mayor plazer a Flores su hijo. Y otro día de mañana, Flores tomó su cavallo y sus armas y partiose para Montorio, donde havía dejado su ayo con el Duque, que de todo esto ellos no savían cosa ninguna, ni savían qué se era fecho.

XI

Capítulo de cómo Flores se partió para Montorio, donde estava su ayo

Flores, otro día de mañana, aderezó su cavallo y armose de sus armas, y partiose para Montorio, donde havía dejado a su ayo y todos los suyos. Caminó todo aquel día y aquella noche, fasta llegar a Montorio, y entró lo más secretamente que pudo, porque no fuese sentido ni se supiese dónde venía, que estaban con el mayor dolor del mundo, de cómo havían perdido su señor, que no savían en el mundo qué se fazer ni dónde lo ir a buscar. El Duque, su tío, no cesava de enviar correos a unas partes y a otras, con las señas que llevaba, prometienoles grandes dadivas a quien le trujese nuevas dél. Mas no havía ninguno que dél supiese. Y estando así todos atribulados, entró Flores por la puerta de su palacio, estando el Duque su tío, y su ayo, con otros cavalleros, en consejo, para escribirlo al rey su padre cómo no lo podían fallar ni saber dél, ni savían qué se havía fecho.

En este tiempo entró Flores por la puerta, y demandó el Duque quién era aquel cavallero que era entrado, y un paje dixo que era su señor Flores. Y quando el Duque oyó que era su sobrino, fue tan presto con él que, antes que descabalgase, fue con él, y tomole en sus brazos, y ayudole a descabargar del cavallo. Mas no se curó de demandar de donde veía, mas mandó que prestamente le fuese aparejado el comer. Pero como Flores viniese muy enojado del camino y del trabajo, pidiole por merced al Duque le perdonase, que venía cansado. Y el Duque, viendo que venía enojado, mandó a los físicos de medicina que lo visitasen. E quando lo hovieron visitado, tornaron al Duque y dijeronle que el mal que Flores tenía, era de pasión de amor, y algún cansancio. Pero que otro mal ninguno él no tenía.

Luego, el Duque, como fuese avisado de sus físicos, fuese para la cámara donde estava Flores, y le interrogava con palabras de amor, le dijese la verdad y ninguna cosa le quisiese encubrir, que todo lo remediaría por su amor, aunque supiese perder todas sus tierras. Y que no pensase otra cosa de lo que le decía, que él le prometía de lo fazer así, y muy mejor de lo que le decía.

Flores le agradesció la buena oferta que el Duque su tío le havía fecho. Mas, por le fazer plazer, que él le quería descubrir su secreto:

— Sabrá vuestra señoría, que yo soy criado con una donzella en el palacio del rey mi padre, la cual era hija de una christiana cativa. Que los dos nos havemos siempre criado juntos, y fuimos nascidos en un día. A la cual tengo tanto amor, que no hay cosa en este mundo que yo tanto ame, y ahora que no la veo, no hay cosa que bien me esté. Y el rey, mi padre, ha tenido todas las maneras que ha podido para me la llevar de la fantasía. Pero no basta todo el mundo, que yo la amo tanto como a mí mismo.

Y el Duque, pareciéndole que, haciendo venir algunas damas, perdería el amor que tenía a Blancaflor, mandó a un mayordomo suyo que supiese qué damas havía en la ciudad, y que las ficiese venir allí.

El mayordomo fizo lo que su señoría mandó, y, entre las otras damas, havía tres hermanas, hijas de un gentil hombre pobre, muy hermosas, y grandes músicas de toda manera de instrumentos. Y,

como fueron en el palacio de Flores, Flores no sabía cosa ninguna. Pero él recibíolas muy bien, y mandóles dar colación, y, como hovieron fecho colación, empezaron a tañer y cantar, todas muy acordadas, y a danzar. Pero a Flores ninguna cosa parecía bien, y, cuando se quisieron despedir de Flores y del Duque, mandó Flores a su camarero les diese a cada una de las tres hermanas cien pesantes de oro, y así se fueron muy contentas.

Aquella misma noche, pidió por merced Flores al Duque su tío, quisiese escribir al rey su padre le quisiese enviar a Blancaflor, y que en ello le faría mucha merced. Y el Duque dixo que le placía. Y luego el Duque fizo un correo al rey diciéndole que, si su alteza no le enviava a Flores su hijo a Blancaflor, que con ninguna cosa lo podían alegrar, que creía que él se tornaría loco o perdería el seso.

El rey, vistas las cartas del Duque, fuese para donde estava la reina, diciendole cómo ya sabía lo que era recrecido a causa de aquella cativa suya. Que sería lo mejor darle la muerte, en cualquiera manera que fuese, para salir de fatigosas y enojos, y que, en otra manera, no creía que salieran de tan gran fatiga.

Pero la reina le dize que no le aconsejaba a su alteza la mandase matar. Mas que ella le daría un buen consejo, si a su alteza le placía. Y el rey le dixo que sí, que el sería contento. [Y la reina dixo]:

— Ya sabe vuestra alteza que Blancaflor es moza y gentil muger, y de gentil crianza, y que no habrá ninguno que no la cobdicie. Que vuestra alteza la ficiese vender en algunas tierras que fuesen apartadas de aquí, donde no supiese della. E desta manera sería vuestra alteza fuera desta fatiga.

Y el rey hubo por bueno el consejo de la reina, y así lo deliberó de fazer. E mandó al mayordomo suyo que la tomase con otro cavallero, y que la llevasen lejos de allí, y la vendiesen donde no supiesen más della. Y los cavalleros ficiéron aquello que su señor con mucha diligencia les había mandado.

XII

Capítulo de cómo el rey mandó a su mayordomo que llevase a vender a Blancaflor

Así como fueron fuera de la ciudad, deliberaron de ir la vuelta de Francia, pensando que antes fallarían christianos que la comprasen, pues que ella era christiana, que no en tierra de moros. Y así fueron la vía de Francia. E, como llegaron al puerto de Porligado, fallaron allí tres navíos que venían de Alejandría, cargados de gran especería, y sedas y brocados, y muchas joyas. Y los cavalleros, como vinieron aquellas naos, hovieron plazer, creyendo que en ellas venía algún mercader que se la comprase, y deliberaron de no partir fasta haver demandado de las naos. E e otro día acordaron de entrar en la una dellas, y hablar con los patrones y capitanes, por saber si había algún mercader que quisiese comprar una cativa christiana. Y como hovieron hablado con ellos, el patrón de la nao fizolo saber a los mercaderes que venían en su nao. Entre los otros, venía un mercader muy rico, e dixo que, si era tal que le agradase, él la compraría. Y los cavalleros le dijeron que no se desagradaría, que ella era tal, y tan discreta, y de tan gentil crianza, que creían que en España no fallaría otra tal como ella. Y el mercader demandoles que adónde tenían a Blancaflor, y ellos le dijeron que saliese su merced en tierra y que la podía ver. Y así, saltaron en un batel los dos

cavalleros la havían dejado. Y, como el mercader la vido, agrádole mucho. Paresciole que aquella ni le parescía ser esclava, mas señora, según la disposición suya y gran discreción y gentil hablar.

Paresciole ser burla, y demandó a los cavalleros qué era la razón porque tal muger como aquella la querían vender. Los cavalleros le dijeron que ellos le dirían la causa por que la vendían: aquella cativa christiana era del rey de España, y, por amor della, el rey ni la reina no la facían vida juntos. Y por esto el rey la quería vender, y con tal pacto y condición se la vendían, que la sacasen de toda España. Y el mercader les demandó qué demandavan por ella. Ellos le respondieron que la esclava más valía. Pero que les diese tres mil pesantes de oro. El mercader les dixo que no les daría tanto, mas que darles hia dos mil pesantes de oro y diez falcones, y una copa de oro, y si esto querían por ella, que él se lo daría.

Los cavalleros hovieron por bueno de tomar lo que el mercader les dio, solamente por que la llevase donde el rey no supiesse más della. Y luego el mercader tomó su donzella Blancaflor, y metiola en la nao, y pagó a los cavalleros, y los cavalleros se fueron para el rey su señor. Y el mercader, con su compañía, ficiéron vela la vuelta del Levante.

Fizoles tan buen tiempo, que en muy pocos días fueron en Alejandría. Y, dende a dos días que la nao fue llegada en Alejandría, el mercader acordó de la llevar al Caire. Él la atavió de muy ricos atavios, y la vendió a un moro que se decía Almiral. De manera que él dobló su precio de lo que le havía costado, porque el Almiral tenía cient donzellas christanas, las más hermosas que havía podido fallar, en la torre de Babilonia.

Estando Flores en Montorio con su tío el Duque, así como dicho habemos, tenía un anillo, y en él una piedra de virtud: como aquella persona que mucho amava aquel que lo tenía en el dedo, se veía en algún trabajo, la piedra perdía la color que acostumbrava tener. [Y así] tenía [él] por cierto que Blancaflor estava en alguna necesidad. Pidió por merced al Duque su tío que le diese licencia, porque havía mucho tiempo que no havía visto al rey su padre y a la reina su madre, que los quería ir a ver. El Duque le dixo que fuese en hora buena, qué era muy contento, y que le daría cient cavalleros que lo acompañasen hasta la corte del rey su padre.

Flores mandó a su ayo que ficiese aparejar, que él quería ir a besar las manos del rey su padre lo más presto que pudiese, porque ya tenía licencia del Duque su tío. Y aquel día adereshó todo lo que era necesario y, dende a dos días, Flores se partió. Y, en llegando a dos leguas de donde su padres estava, envió un cavallero de los que venían con él, para fazer saber a su padre cómo venía Flores. Y el rey mandó a sus cavalleros que lo saliesen a rescebir y, como Flores fue a media legua de la ciudad, el rey lo salió a rescebir, con otros muchos cavalleros de su corte. Y así Flores besó las manos al rey su padre. Pero no que demandase a ninguno nada de Blancaflor, porque bien tenía creído que ella no estava en su libre poder.

Así como Flores entró por el palacio del rey, todas las damas y dueñas salieron a besarle las manos. Y, no saliendo Blancaflor, doblósele muy más la tristeza, pero disimuló su caso.

Hablando un día con la reinas su madre, entre otras razones, le dixo disimuladamente:

— Señora, ¿qué es de Blancaflor, que no la he visto ni es parecida?

La reina, como quiera que ya sabía la pasión de Flores díxole:

— Hijo mío, como quiera que en este mundo no seamos para siempre, Blancaflor huvo una gran dolencia, de la cual es muerta habrá quince días o tres semanas. El rey vuestro padre le mandó dar tan gran recaudo, como a su propia persona.

Mas, como Flores sabía bien el mucho amor que le tenían a Blancaflor —¡así les ayude Dios allá donde están!—, vido que era falso, pero el dolor era tan grande que tenía su corazón, que quería reventar. Pero, por saber mejor la verdad, con la cara serena pidió por merced a la reina le

mandase mostrar la sepultura de Blancaflor y quién la había sepultado, creyendo que el rey le había mandado matar, o lanzar en algún lugar donde no pareciese, por la mala opinión que le tenía. Pero la reina fallase turvada, no estando pronta en lo que le había dicho, que no le podía mostrar sepultura cierta, que no cayese en falta.

Como la reina vido que por ninguna manera podía faltar de decille la verdad a Flores, díxole:

— Hijo mío, la verdad vos quiero dezir. Sabe hijo mío, que Blancaflor es viva. Pero el rey vuestro padre la dio a un mercader, que la llevase en Alejandría, y esta es la verdad.

Viendo Flores la gran maldad que el rey su padre y la reina habían fecho a Blancaflor, por malicia della tenían, venderla y lanzarla así de su tierra, así, por el mucho amor que le tenía, y dolíendose della, deliberó de irse y no tornar jamás fasta que hoviese fallado a Blancaflor. Y luego lo puso por obra, como adelante vereis.

Como el rey y la reina vieron el propósito de Flores, dolióles mucho su partida, al cual empezó el rey a dezir:

— Hijo mío, ¿por qué quieres dar al viejo padre tuyo tan mala postrimería? ¿No sabes que no hay quien pueda heredar mi reino sino tú? ¿Por qué te quieres ir a perder por tierras ajenas y detrás de una cativa fuera de nuestra Ley? ¿Yo te ruego que apartes de ti tal pensamiento y propósito, y que quieras regir y gobernar tus reinos!

No pudiendo Flores comportar más, le respondió desta manera:

— ¡Oh rey Felice! ¡Tú has sido causa por donde yo me haya de desterrar de la tierra donde soy natural! Yo, en cuanto aquesto, no te tengo por padre, sino por enemigo mortal. Y si no que miro las gentes qué dirán de mí, yo te llevaría la vida, porque tú, sin causa, falsa y maliciosamente la querías fazer quemar aquella que nunca te fizo mal. Si no fuera por mí, que te la quité cuando maté aquel traidor del senescal, que así tan falsamente la había acusado, y la libré del fuego donde tú la querías fazer quemar. Y sepas de cierto, que yo iré tanto por el mundo, fasta que la falle, ¡e si yo no la fallaré, mi venida no será jamás en esta tierra sino a llevarte los días de tu vida, así como tú querías llevallas aquella que no tenía culpa, aquella que tú bien savías que yo tanto como a mí mismo amava!

E cuando el rey vido que no podía acabar cosa ninguna con él, enviolo a su madre, la cual le comenzó de dezir, llorando de los sus ojos:

— ¡Oh hijo mío! ¡Have agora piedad de aquestas tan tristes lágrimas que la desventurada madre tuya echa de sus ojos, y no seas agora causa de mi tan penada muerte! Porque sepas que ella será bien presto, viendo la tu ausencia.

A la cual le respondió Flores:

— Por cierto, señora, quien de mí no hovo piedad, yo no la habré dél. Porque vos sois cierta, señora, que vos y mi padre havéis desterrado la cosa que yo más amava en este mundo. Y sabed por cierto, que a vos ni a mi padre vos tengo sino por enemigos mortales, desde agora para siempre.

Viendo su madre que en ninguna manera del mundo le podía apartar de su propósito, ella le dixo desta manera:

— Pues que no te dueles de mis lágrimas, yo te ruego que tomes mi consejo, y es que, por las tierras donde te fallares, seas muy humilde y liberal, y que fallen en ti toda gentileza y cortesía, y así serás amado de todas las gentes que contigo contratarán. Y toma aqueste anillo y guárdalo muy bien, que tiene tal propiedad, que cualquiera hombre que consigo lo trajere, no puede morir en agua, ni en fuego, ni en batalla nunca será vencido. Pues que siempre quieres seguir tu propósito, ¡ve mucho en buena hora, con la bendición de Mahomat!

E mandóle dar mucho oro y plata, y muchas otras joyas.

E así se despidió, e tomó su camino para un puerto de mar, en el cual había una nao que pasava en Alejandría, y fue posar en una posada, mientras la nao acabava de cargar. E la huespeda, viendo el grande acatamiento que los suyos le facían, les demandó que quién era aquel señor. Y ellos le respondieron que era el príncipe Flores. Y ella les dixo que adónde iba. Y ellos le dijeron que iba en Alejandría, a buscar una christiana cativa que se llamava Blancaflor. Y luego ella se fue al príncipe Flores y le besó la mano, y le dixo cómo por allí había pasado Blancaflor y el mercader que la llevaba, y cómo iba tan triste, que nunca facía sino llorar por él,— y maldezir a quien de vuestra alteza así la había apartado. E nunca jamás, por cosas que mi marido y yo le facíamos, nunca la podíamos confortar. Y yo, y todos los de mi casa, hovimos tan gran duelo della y de las cosas que facía, que deliberamos yo y mi marido de comprarsela al mercader que la llevaba, sino que nos dixo que no la podía vender en estos reinos, porque con aquea condición se la habían vendido. E cuando ella consi[de]rava esto, no había ninguna persona que la conhortase.

Y como Flores oyó las palabras que le había dicho la huespeda, hubo mucho plazer en su corazón, en saber que Blancaflor era viva, porque él pensava que él que la había fecho matar. E, por la buena nueva que le dixo, se sacó un anillo del dedo, el cual era de muy gran valía, y se lo dio. Y cuando la huespeda vido el don que le había fecho, ella le fizo muchas gracias, y le besó las manos.

Y así Flores, con mucha alegría, se embarcó. Y, cuando fue dentro en la nao, ficieron vela la vuelta de Alejandría. E dioles Dios tan buen viento, que en muy poco tiempo llegaron al puerto de Alejandría. Y siendo llegados Flores con su compañía, salió en tierra con un escudero, e ficieron sacar en tierra todo lo que le traían en la nao, y llevaronlo sobre cavallos fasta la ciudad de Babilonia, adonde estava el mercader que había comprado a Blancaflor. Y siendo llegado el príncipe Flores en Babilonia, fue a posar en casa de un hombre de bien, que no tenía posada sino solamente para gente de honor, el cual se decía Darío Lobrondo. Y allí estuvo Flores reposando unos cuantos días, que no salía de una cámara, tanto venía fatigado de la mar.

E cuando Flores conoció en sí estar algo más dispuesto, un día, paseandose por una sala él y el huésped, Flores le dixo las siguientes palabras:

— Decime, señor huésped, ¿sabreisme dezir de un mercader desta tierra, que no ha mucho tiempo que fue en España por mercaduría, y trujo de allá una cativa christiana comprada?

Y respondiolo Darío:

— Señor: ¿sabe vuestra merced cómo se llamava esa cativa?

Y díxole que se llamava Blancaflor.

E Darío le dixo:

— Por cierto, señor, aquese mercader, cuando trujo a esa cativa, vino a posar en mi casa, y díxome que la quería vender. E, vista la gran belleza suya, le dije que, si él la asegurava por virgen, que yo se la haría comprar. Y él la aseguró, y entonces se la fice comprar al mayordomo del Almiral del Caire. Y le dieron, por la gran belleza suya, mucho más de lo que a ella le costó. Y, como la hubo comprado, enviola a la torre de Babilonia, donde tiene cient donzellas muy guardadas y a gran recaudo, las cuales no pueden ser más ni menos de ciento, y, cuando falta alguna por muerte, faze buscar otra el Almiral.

Cuando Flores oyó q su huésped estas razones, habiendo buena esperanza que él le daría remedio para lo que él había menester, díxole:

— Padre mío, ¿vos, no me dariades un buen consejo para que me pudiese regir, de manera que pudiese hablar a Blancaflor?

Darío, su huésped le dixo:

— Yo haré por vos todo lo que puidiere.

Diciendole:

— Señor, en todo lo que yo podré, vos ayudaré.

Flores fue muy alegre de la buena respuesta, y mandó aquella noche a su escudero, que fuese a casa de un mercader, y que trujese una pieza de paño fino y otra de seda. Y faze venir un sastre que cortase de vestir a su huésped. Y, allende desto, dióle otro día, cuando fue vestido, xxv ducados. Y con esto su huésped fue muy contento, y trabajó cómo le pudiese servir. Como Flores hovo comido, su huésped Darío se metió con él en la cámara y díxole:

— Señor, yo bien te daré un buen consejo. Mas es menester que te guardes mucho que no seas visto por ninguna persona, porque no te dará la vida sino un solo Dios, si es sabido por el Almiral, porque, en otra manera, no podriades haver ningún remedio, porque la torre es la más fuerte que hay en el mundo, que tiene trecientos codos en altura y trecientos en ancho, de manera que vos, señor, no podéis tener ningún remedio. Y toda es labrada de piedras preciosas, y de día la guardan quinientos cavalleros, y de noche otros quinientos. Y, sobre todo esto, la tiene en guarda un cavallero, el más esforzado que hay en toda esta tierra, y hombre que no se fía de ninguno, por mucho amor que le tenga. Es menester que ningún hombre, de ninguna Ley que sea, que no se allegue a la torre de media legua de donde hay unas señales de las armas del Almiral. Y, si de allí adelante pasan facia la torre, so pena de la vida, sin ninguna merced. Dentro de aquella torre hay un vergel, y, en medio de aquel vergel, está un árbol que de invierno y de verano siempre está florido. Y al pie del árbol está una fuente de agua muy clara, y tiene tal virtud, que si la muger no es virgen, allí se parece. El Almiral faze que, cada mañana, las donzellas que en la torre están, cojan una flor, y fazela echar en la fuente, y que, aquella que es virgen, el agua sale clara, y, si no lo es, el agua sale turbia y bermeja como sangre.

Darío dixo a Flores:

— Todo lo que hay en la torre, hijo mío, yo te lo he dicho. Y más te digo, que el capitán de la torre es gran jugador de ajedrez, y es hombre que ama la moneda, y es muy avaricioso. Y pues de todo sois avisado, id con bendición del Criador.

Flores le dixo:

— Padre, yo vos hago muchas gracias de todo lo que me havéis avisado. Mas yo no soy venido por conquistar moneda ni tesoro, que yo me tengo harto. Mas vengo por mi vida y mi tesoro, que es Blancaflor, y por ella perderé la vida.

XIII

Capítulo de cómo Flores fue a ver la torre, y de las cosas que le acontecieron

Flores cabalgó en su cavallo, y fuese para ver la torre. Y, cuando llegó adonde estaban las señales, no se quiso detener, mas pasó adelante. Y, cuando llegó a la vista de la torre, los que estaban dentro, viendo venir aquel cavallero derecho a la torre, maravillaronse mucho qué cosa podía ser. Pero no esperaron que llegase. Cabalgó el capitán, con otros dos cavalleros, y fueronse para Flores, y, como llegaron cerca dél, vieron cómo aquel cavallero era extranjero, y dicenle:

— Decid, cavallero, ¿quién vos ha traído en esta tierra vedada, que todos los que aquí entran son caídos en pena de muerte, y vos no hay quién vos la excuse?

Cuando Flores les oyó dezir tales razones, no fue muy contento. Pero, con buenas palabras, les dixo:

— Señores, no creo que hombre que mal no faga, merezca muerte. Mas yo señores, vos diré: yo soy del Poniente, de las partes de España, y yo soy venido en esta ciudad dos o tres días ha y, por deleitarme, soy venido cazando esta ribera arriba. He fallado una garza, y lancéle un falcón. Son venidos la vuelta desta torre, y vo por ver si podría fallar mi halcón.

El capitán de la torre le demandó:

— Decid cavallero, ¿cómo sois venido en esta tierra, o para qué?

Flores le respondió:

— Señor, yo soy venido para lo que agora os diré. En nuestra tierra hay grandes jugadores de ajedrez. Yo soy aficionado a los hombres que le son devotos, y oí dezir que en Alejandría eran los mayores del mundo, y por esto, señor, so venido.

El capitán, como le oyó dezir que era jugador de ajedrez, pareciendole que era hombre de afición, díxole:

— Sabed, cavallero, que vos havéis fecho un gran hierro, y sois caído en pena de muerte. Porque el Almiral, mi señor, tiene aquí en esta torre muy guardada, y tiene puestas las señales que havéis visto en el camino, que todo hombre que allí pasa, es dino de muerte, que nadie no se la pueda excusar sino un solo Dios. Pero, por ser vos extranjero, y persona que no sabíades la ley de la tierra, os será perdonada. Y pues que así es, venid conmigo.

Y así lo llevó a la torre, y cuando fueron apeados, el capitán demandó un tablero para qué jugasen él y Flores. En el primero juego que jugaron, ganó Flores al capitán dos mil pesantes de oro. Y así jugaron muchos juegos, que Flores no dejó ganar ninguno al capitán, de lo cual el capitán fue muy enojado, y estonces Flores le pidió por merced no recibiese enojo, que él no era venido sino por pasar tiempo. Así Flores le pidió por merced que recibiese aquel presente que él le quería fazer. Y tomó lo que le había ganado, y lo que él tenía puesto, y todo se lo dio. Y el capitán lo recibió, diciendole:

— Por cierto, cavallero, no sé quién sois. Pero podéis ser cierto de mí, que faré todo lo que me mandaredes.

Y Flores le dio muchas gracias, y pidiole por merced que le diese licencia, que se quería ir a la ciudad.

El capitán le dixo que fuese en hora buena, pero que otro día viniese a comer con él. Y Flores lo aceptó.

Así Flores se fue a su posada, y, cuando fue llegado, Darío le dixo:

— Hijo mío, con mucha ansia he estado de vos, creyendo que vos habría seguido algún desastre.

Flores le respondió:

— Padre, ¡todo se fará bien, con el ayuda de Dios! Cuando el principio es bueno, la fin no puede ser sino buena. Flores le contó a su huésped Darío todo lo que le había acaecido, y Darío le dixo:

— Hijo, ¡todo sea en buen hora, que de vuestra dicha yo seré muy alegre, como si fuesedes un hijo mío!

E fizole dar bien de cenar.

E, otro día, Flores fuese para la torre donde estava convidado, y como lo vido venir el capitán de la torre, saliolo a rescebir con mucha alegría. Como fueron en la torre, el comer fue aparejado, y asentaronse a la mesa. Y, estando en la mesa, pasaron muchas razones de sus juegos, y de gran amor.

Como hovieron acabado de comer, Flores fizo un presente al capitán, de una muy rica copa de oro, llena de doblas zahenes, y un joel que valía una ciudad. E como el capitán de la torre vido la dadiva tan rica, paresciole que aquel debía ser, o hijo de rey, porque tal presente como aquel, no lo convenía fazer sino rey o hijo de rey. Y el capitán se lo tuvo en merced, y díxole que le pedía por merced le mandase en qué lo sirviese, porque él no lo tenía merecido lo que Flores había fecho por él, ni sabía en el mundo con qué se lo pagase. Pero que se sirviese de él y de su casa, como de la suya propia.

Flores le agradeció mucho su buena cortesía y lo que se ofrecía de fazer por él. Y así pasó todo aquel día.

XIV

De cómo Flores se descubrió al capitán, y de lo que el capitán se ofreció a fazer por él

Luego otro día, acordó Flores descubrir su secreto al capitán de la torre, creyendo, segun se le había ofrescido, que él acabaría algo con él de lo que más deseava acavar. Y él le dixo:

— Porque creo, señor, que vuestra merced puede remediar algo de mi pena, le quiero dar parte de mi secreto, y que és la causa porque yo soy venido en esta tierra. Havéis, señor, de saber, que la causa por la que yo soy venido, es que en esta torre está, debajo de vuestra guarda, una donzella. E, si me quiere fazer tan señalada merced, que me diese lugar de hablar con ella, hariame muy señalada gracia. E, allende desto, yo le daré mil pesantes de oro.

E cuando el capitán de la torre vido que Flores le había dicho, fue muy turbado, pensando el gran peligro que a los dos se les podía recrecer. Pero, mirando las grandes dadivas que le había dado sin merecerlo, no sabía qué se fazer, y el gran peligro que se recrecía del Almiral su señor. Dixo el capitán a Flores:

— Señor, muy cara sería la cosa que yo pudiese fazer por vos que no la ficiese, aunque la vida me costase. E, para esto, os daré un buen consejo. El domingo es día de Pascua Florida, y en esta tierra, todos los cavalleros y damas, aquel día salen muy ataviados, y fazen gran fiesta, y derraman por todas partes muchas flores y rosas, y las mejores yerbas que pueden haber para las cámaras. Busca todas cuantas flores y rosas pudieres fallar por los jardines fuera de la ciudad, y farás un presente al Almiral, que es la segunda persona por el Soldan. Y enviarlo ha a las donzellas de la torre. Y es tal costumbre, que el primer cuevano es de la donzella que está juzgada por más fermosa. Y el Almiral mandarlos ha de traer aquí, y vos metervos heis en uno de aquellos cuevanos, y encima henchirlo he yo mismo de las rosas. Y desta manera, vos, señor, entraréis en la cámara de Blancaflor. Yo me po[ndr]é en todos los peligros, y desta manera serán vuestros deseos complidos.

Flores le dio muchas gracias por ello, diciéndole:

— Es cierto, muy manífico cavallero, que con todo cuanto yo tengo, no bastaría a pagar lo que vuestra señoría por mí se obliga, no temiendo los peligros que se pueden seguir.

E así Flores se despidió del capitán de la torre, y se fue para la ciudad adonde estava su huésped Darío, que con gran deseo lo esperaba, por saber cómo le iba en sus negocios, y a quien Flores dava parte de todo lo que pasava. Y, como fue venido el domingo, primero día de Pascua de Flores, de buena mañana antes del día, cabalgó y fuese para la torre donde estava el capitán. Y el capitán lo recibió con buena cara, diciéndole:

— Señor, vos seáis bien venido, que hoy es el día que ponemos nuestras vidas en gran peligro. Pero, por perder yo la vida mía por tal cavallero como vos, señor, lo he por bien empleado.

Estando los dos cavalleros en esto, entró un cavallero del Almiral, que traía los cuevanos de rosas para las donzellas, diciendo al capitán de la torre:

— Señor, el Almiral, mi señor, me ha mandado venir con estos cuevanos de rosas para las donzellas, e manda que a ninguna dellas le quites su derecho, según lo que merece, así como por él está mandado.

Y el capitán lo recibió muy bien, y le dixo que era contento de lo fazer así como su señoría mandava, y que se fuese con la bendición del Criador.

XV

Capítulo de cómo el capitán metió a Flores en el cuevano, para que hablase con Blancaflor

Como el cavallero, y los que venían con él, fueron salidos de la torre, el capitán metió a Flores en el uno de los cuevanos y cubriolo de rosas, y mandolo subir a la cámara de Blancaflor.

Blancaflor tenía una donzella que la servía, que se decía Glorisia. La cual donzella, como hovo acabado de subir el cuevano, mirando las flores, metió la mano y encontró con Flores bajo, y dio un gran grito, diciendo:

— ¡Jesú!

Que todas las otras lo sintieron y fueron allá, por ver qué cosa podía ser.

Mas la donzella era discreta, y pensó luego lo que podía ser, haviendole oído a su señora Blancaflor cómo ella amava mucho a Flores. Las otras donzellas demandavan a Glorisia por qué había dado gritos. Díxoles:

— Como fui a mirar las rosas, venía un ruiñeñor dentro en ellas. Y, así como las llegué a mirar, salió y diome en los pechos, que toda me espantó.

Y así cada una se tornó a su cámara, y Glorisia se fue para su señora, y díxole:

— Señora, ¡salí de ahí, si queréis ver las cosas que más amáis en este mundo!

Blancaflor, que le oyó dezir estas palabras a su donzella, pensó que burlava, y díxole:

— ¡Bellaca, sucia! ¿Quieresme dar enojo día de Pascua, que tal día como este nascimos los dos? ¿Quieres renovar mis males?

La donzella le dixo:

No hago cierto, señora. Mas es la verdad que os digo. ¡Andad acá y verlo heis!

Y Blancaflor, que vido que así lo afirmava, fue a la cámara, por ver si era verdad lo que su donzella le decía. Y, como lo vido, cayó amortecida en tierra, y Flores tomola presto en sus brazos, y así estuvieron, boca con boca, espacio de una hora, que no podía hablar el uno al otro, tanta era la alegría de los dos.

Y, como Blancaflor tornó en sí, comenzó de dezir a Flores:

— ¡Señor mío! ¿Quién vos ha traído en esta torre tan fuerte, que si fuese un gavilán, era mucho? Vuestra entrada ha sido tan peligrosa. La salida, Dios sabe cuál será. ¡Plega a mi Señor Dios la haga buena! Aquí nos conviene tener mucho secreto, porque, si el Almiral lo supiese, no calía sino que nos aparejasemos a la muerte, que no nos la excusará salvo un solo Dios.

Como quiera que Flores tenía en más la gloria presente, que la pena por venir, conhortava a Blanca Flor, diciéndole:

— Señora mía, de la pena vuestra duele el ánima mía, que de la vida mía, yo la tengo por bien empleada, porque, cuando yo de España partí, fize cuenta de perder la vida por vos. Pues Dios me ha enderezado así, creo que me sacará a mí y a vos de todo este peligro. Mas una sola cosa, señora, vos plazerá. Que demos cumplimiento a nuestros amores.

Como Blancaflor entendió la intención que Flores tenía, díxole que era muy contenta, si él se tornava christiano, que ella era christiana, y él moro, no le parecía que fuese servicio de Dios, ni cosa ilícita. Flores fue contento de fazer lo que Blancaflor le decía, de tornarse christiano y de casarse con Blancaflor, si Dios le sacava del peligro en que estava, y lo sacava con bien y sin peligro. Y tomó luego por sus armas la señal de la cruz, antes que la torre saliese.

Y, el segundo día de Pascua, estando Flores y Blancaflor durmiendo en su cama, envió el Almiral por Blancaflor, y tocó el paje a la puerta, y Glorisia respondiolo qué era lo que demandava, y el paje le dixo lo que el Almiral su señor le había mandado. Glorisia dice al paje que su señora Blancaflor no era levantada, que no se sentía buena. Como fuese levantada, que ella iría a fazer reverencia a su señor.

Como el Almiral supo que Blancaflor estava mala, que era la más gentil de cuantas donzellas él tenía en la torre, fue a la cámara de Blancaflor y fallola abierta. Y, como entró en la cámara donde dormían, falló a Flores que dormía en la cama con ella, de que el Almiral fue muy enojado, y de otra parte, muy maravillado de cómo era entrado aquel cavallero. Saliose de la cámara, y mandó que supiesen quién era, y cómo se decía, y por donde había entrado. Ellos dijeron que era un cavallero de las partes de España, y que una madre que tenía, sabía las siete artes, y que ella le había metido allí.

Entonces el Almiral mandó tomar a él y a ella, y meterlos en una muy oscura prisión hasta que él mandase lo que se había de fazer.

XVI

Capítulo de cómo prendieron a Flores y Blancaflor, y los mandaron quemar

El Almiral mandó que los tuviesen muy guardados fasta que la Pascua fue pasada, y como fue ya la Pascua pasada, mandolos traer delante de sí el Almiral a Flores y Blancaflor, y demandoles cómo se conocían el uno al otro. Y ellos le dijeron cómo el primer día de Pascua Florida habían nascido los dos, Flores y Blancaflor, en un día, y se habían criado juntos. Y cómo Blancaflor era hija de christiano y de una christiana cativa. Cómo la conversación suya de niñez era grande y muy continúa. La pujanza de amor le había fecho venir de España a buscar a Blancaflor.

El Almiral, como fuese informado de Flores, mandó, porque otro no tuviese otro día tanto atrevimiento, que los dos fuesen quemados vivos, por les dar mayor tormento. Otro día luego mandó el Almiral llegar mucha leña y fazer una gran hoguera, y que sacasen a Flores y a Blancaflor y los quemasen.

Pero, como Flores partió de España para buscar a Blancaflor, la reina su madre le había dado un anillo, el cual había tal virtud, que cualquiera que consigo lo traía, no podía morir en fuego, ni en agua, ni en poder de sus enemigos. Y, como Flores vido que los sacavan a quemar, acordose del anillo y diolo a Blancaflor, y díxole que no tuviese miedo, que con aquel anillo, escaparía del fue-

go. Blancaflor domandole si tenía él otro para sí. Dixo que no, que más valía que él muriese, que no ella, pues a su causa eran venidos a la muerte. Blancaflor dixo que nunca Dios quisiese que, si él había de morir, que ella viviese. Mas, que ficiessen una cosa. Que tomasen los dos del anillo, y, al tiempo que los quisiesen echar en la hoguera, que pidiesen por merced al Almiral que ellos se entrarían mano por mano en la hoguera, que Dios les ayudaría, por la virtud del anillo. Y así fue fecho.

Como vino el tiempo que los querían meter en la hoguera, pidieron por merced al Almiral que los dejase, que ellos mismos se entrarían. Y así tomaronse de las manos, teniendo los dos del anillo, entraron por el gran fuego, y estuvieron más de una hora sin rescebir daño ninguno de sus personas.

Cuando esto vido el Almiral y todos los que allí estaban, dijeron que aquello debía ser algún gran misterio de Dios. Que no se debían quemar, que a Dios no le placía que muriesen. Y el Almiral mandó que los sacasen del fuego y los trujesen delante de él, y el Almiral demandó a Flores que le ficiese tanta gracia que le quisiese dezir quién era, porque le parecía ser hijo de algún gran hombre. Que a él le sería fecha aquella honra que se le debía fazer. Flores dixo que le placía de se lo dezir:

— Sepa vuestra señoría que yo soy hijo del rey Felice de España, y por el mucho amor que a esta donzella tengo, he puesto en olvido las tierras del rey mi padre.

Y cuando el Almiral le oyó dezir que era hijo del rey de España, pesóle mucho cuán descortesmente lo había tratado, aunque no había sido su culpa. Y tomolo por la mano, y abrazolo, y vesolo en la cara, rogandole le perdonase, que, si él hoviese sabido quién era, no lo hoviera enojado. Y Flores tomóle la mano por se la besar, mas el Almiral no consintió. Y así fueron al palacio del Almiral, donde le fue fecha mucha honra, así como convenía a un hijo de rey o gran principe. Y el Almiral deliberó de escribir al rey Felipe de España, faciendole saber cómo Flores su hijo era venido en Alejandría, y de lo que le había acaecido con él no conociendolo.

XVII

Capítulo de cómo envió el Almiral un correo al rey de España

Después de todo esto fecho, pasaron muchos días antes que el correo viniese donde estava el rey Felice y la reina, su madre de Flores. Los cuales estaban muy atribulados de la ausencia de Flores, el cual pensavan ser muerto después que de ellos se había partido, pues ninguna nueva dél habían sabido. Hovieron mucho plazer de las nuevas quel Almiral les escribía.

En este medio tiempo, Flores deliberó de se venir a España, a los reinos del rey su padre. Estando en esta deliberación para pedir licencia al Almiral, estando un día en el verjel de la torre tomando plazer, dixo el Almiral a Flores qué era lo que deliberava fazer, qué había escrito al rey su padre cómo estava en Alejandría con él y tenía todo lo que había menester. Flores dixo al Almiral:

— Señor, si pluguiese a vuestra señoría darme licencia, yo me querría ir a los reinos del rey mi padre, que es ya viejo y no es de edad para podellos gobernar sino con mucho trabajo.

El Almiral le dixo que era muy contento, que mirase él de su tierra lo que mejor le parecía para en España, y que él se lo daría liberalmente.

Flores no quiso otra cosa salvo al capitán del castillo, y a su huésped Darío, y la donzella Gloricina, y el Almiral le mandó armar seis naos gruesas, las cuales le dio bien proveídas de vituallas y de gente darmas y artillería, y de todas las otras cosas necesarias para la mar. Y, esto fecho dende

a quince días, Flores y Blancaflor se vinieron a embarcar al puerto de Alejandría, e con ellos, para los acompañar, el Almiral con otra noble compañía.

XVIII

Capítulo de cómo se embarcó Flores y Blancaflor, y de la fortuna que pasaron en la mar

Como fueron engolfados en la mar, se movió un viento contrario, juntamente con el viento, la mar muy alta, que no había nao ni carraca que lo pudiese comportar. E así corrieron fortuna dos días con sus noches. En la fin del tiempo, el capitán de la nao, con sus marineros, hovieron su consejo y deliberaron de descargar la nao y de cortarle el árbol, porque la nao no lo podía sufrir, que se abría con la gran fortuna. Pero no quisieron fazer cosa ninguna fasta fazerselo saber a Flores, que mucho les era encomendado por el Almiral. Con la fortuna, habían perdido toda su compañía, que no sabían qué se eran fechos.

Y con este consejo fueron a Flores, diciendo que, si su señoría mandava, que el consejo del patrón y capitán y marineros, es descargar la nao y cortarle el árbol, por ver si a Dios le pluguiese restaurarles las vidas.

Flores les dixo que ficiesen aquello que más fuese al servicio de Dios y provecho dellos. Que, para en aquello, no les caía demandar licencia, que ellos sabían más. Que lanzasen lo que bien les viniese, solamente que escapasen las vidas. Y ellos lo pusieron por obra. Y ellos estando más muertos que vivos, así los marineros como la otra gente, quiso Nuestro Señor Dios y llegaron a una isla, donde había un gentil puerto. Y, como fueron llegados en el puerto, los marineros dieron por consejo a Flores se saliese de la nao con toda su compañía, porque estaba en mucho peligro, y podía estar muy bien en aquella isla, donde estarían seguros en tanto que durase la fortuna. Y después que adobarían la nao.

E luego Flores mandó echar las barcas en la mar, y mandó sacar todo cuanto en la nao había, y salieron en la isla, donde no había habitación ninguna. Pero había muchos animales salvajes, donde eran ciervos, cabras monteses, y otras muchas salvajinas.

Así como fueron fuera de la nao, escasamente fueron en tierra, que la nao fue hondida bajo del agua, que no parecía salvo la gavia.

Y así estuvieron un gran tiempo Flores y Blancaflor, con toda su compañía, en aquella isla. Y no vivían de otra cosa salvo de carne de aquellas bestias salvajes, y agua, sin pan, que no lo tenían.

Estando un día Flores pensando como remedio ninguno tenían, salvo vivir con mucho trabajo, dixo a Blancaflor:

— Señora mía, ya sabéis en cuántos trabajos somos puestos por nuestros pecados. Yo creo que la vuestra Ley es la buena verdadera, que Dios omnipotente en tantas necesidades como nos habemos visto, él por su santa clemencia, os ha querido oír, y de todas nos ha sacado. Que vos, señora, quisieredes rogar a Dios nos quisiese dar algún remedio para que podamos ir a las tierras del rey mi padre a salvamiento, que no muerdiesemos aquí en esta isla salvaje, nos y nuestra compañía.

Así fue ordenado por los dos, Flores y Blancaflor, y los que con ellos estaban, rogasen a Dios les quisiese dar alguna vía de salvación, porque no pereciese tanta gente.

Quiso Dios Nuestro Señor aceptar su rogativa. Luego como hovieron acabado cada uno sus devociones, vieron venir una nao que venía de Barut para Alejandría, la cual, por la gran fortuna que le había seguido, era llegada en la isla donde Flores y Blancaflor estaban. Y, cuando fueron cer-

ca del puerto, luego los que venían en aquella nao salieron en tierra para fazer carnaje para la nao, y fallaron a Flores y a Blancaflor, con toda su gente, en una cueva de una montaña que era cerca del puerto. De que fueron mucho maravillados, en fallar aquella gente allí. Pero, cuando supieron cómo eran venidos, dieron gracias a Dios, que tanta gracia les había fecho que habían restaurado las vidas.

Flores rogó a los marineros que lo metiesen en la nao, para hablar con el patrón. Ellos le dijeron que les placía de buena voluntad. Así entró Flores en un batel, y fue a hablar con el patrón, y con todo como le había contecido, y si quería pasar a él y a su gente en su nao en Alejandría. Que como allá fueren, que él le pagaría su flete muy bien a su plazer. El patrón le dize:

— Por Dios, mi nao es pequeña y va muy cargada. No habría lugar para ir tanta gente, si no descargasemos de la mercadería, para dar lugar en que fuese vuestra señoría y su gente.

Viendo Flores que el patrón estava de buen propósito para fazer aquello que a él complía, díxole:

— Señor patrón, dejad la mercadería, que lo que valiere ciento, yo os daré doscientos, y lo que valiere mil, yo os daré dos mil. Y no os faga duelo la mercadería, que yo os la pagaré tanto cuanto vos la podedes vender.

Así el patrón descargó toda su mercancía, y dejó allí seis hombres de los suyos que la guardasen, y proveyoles de viandas y de lo que habían menester. Flores y toda su gente se embarcaron en la nao. Plugó a Dios Nuestro Señor facelles tan buen viento, que en pocos días fueron en Alejandría.

Como fueron llegados en Alejandría, Flores faze un correo al Almiral del Caire, faciendo saber cómo por mal tiempo eran perdidas las naos que él le había dado, y cómo era venido en Alejandría.

Como el Almiral vido las cartas de Flores, luego mandó que cabalgasen con él todos los que allí se fallaron. No esperó fardaje ninguno, mas horro se fue, por ver a Flores. Y, como fue cerca de Alejandría, Flores lo salió a recibir, y el Almiral a él lo recibió muy bien. Flores se apeó del cavallo y fue para besarle las manos al Almiral. Pero el Almiral no quiso que le besase las manos, mas fizole luego cabalgar, diciéndole que ninguna cosa le diese por lo perdido, que natural cosa era a los hombros perder y ganar. Mas que se diese plazer, y no curase de cosa ninguna, que todo se remendaría, con el ayuda de Dios.

Y luego mandó el Almiral armar cuatro naos gruesas, las mejores que se pudieron fallar, y dióles cumplimiento de todas cosas necesarias a ellas.

En este tiempo, Flores folgó con su muger quince o veinte días en Alejandría. Cuando el armada fue a punto, el Almiral dixo a Flores:

— Cuando quisieredes partir, todo está a vuestro plazer.

Conociendo el Almiral que Flores estava congojoso por se ir a sus tierras.

Y Flores, como lo oyó, dixo que cuando su merced mandase. Y luego otro día comenaron de se embarcar.

XIX

De cómo Flores se partió de Alejandría y vino en España.

Y cómo se tornó christiano

Como todo estoviesse aparejado, y toda su compañía embarcada, embarcaronse Flores y Blancaflor luego por la mañana Y, a las dos horas, levantose un levante amoroso. Ficieron vela, y Dios Nuestro Señor les dio tan buen tiempo, que dentro de doce días llegaron al puerto de Cartagena. Y, como fueron llegados al puerto, Flores mandó que todos los de la nao diesen gracias a Dios, que

a tan buen puerto les había traído. E otro día en la mañana, mandó desembarcar toda la ropa y lo que en las naos venía.

Estando Flores en Cartagena, escribió al rey Felice su padre y a la reina su madre, cómo él era venido en Cartagena, y de cómo era christiano, diciéndoles así: que si sus altezas querían que él los tuviese por padres, y ellos lo querían a él por hijo, que ellos facían, que él les obedeciera por padres. Y, en otra manera, que no ficiesen cuenta dél, antes lo habían de tener por enemigo.

E cuando el rey y la reina vieron las cartas de Flores, hovieron plazer, pero pesóles en dezir que se habían de tornar christianos, como no tuviesen otro hijo sino a Flores, por complacerlo, acordaron de lo fazer, y no perder un hijo que tanto amavan. Y, en espacio de seis meses, fue la mayor parte de España convertida a la fe de Christo.

Así fue Flores en España jurado por principe heredero, y Blancaflor por princesa. Flores fizo gobernador de España al capitán de la torre del Caire, y casólo con Gloricina, criada de Blancaflor. Y, a su huésped Darío, lo fizo Maestre de Santiago.

Después que el principe Flores gobernó los reinos de España, después que su padre fuera muerto, Blancaflor parió un hijo, que fue llamado Gordion, el cual fue jurado rey de España, después que su padre Flores fue Emperador de Roma.

XX

De cómo, después de la muerte del rey Felice, Flores fue rey en España, y dejó a su hijo Gordion rey en España, y él se fue a ser emperador de Roma.

Y como fue muerto el rey Felice, sucedió rey Flores su hijo. Y en este tiempo murió el Emperador de Roma, y no quedó en el Imperio heredero ninguno que de buen derecho le viniese, salvo a Blancaflor, que era hija de Micer Persio. Por donde en el Imperio había muchas tribulaciones de guerra, y, por ser muger Blancaflor, no la querían rescebir algunos del Imperio por señora, de cuya causa había gran división, puesto que en el principio, como fue muerto micer Persio por los moros, vinieron los romanos para rescatar a Topacia, madre de Blancaflor, y como supieron que era muerta, quisieron rescatar a Blancaflor su hija. Mas el rey Felice no la quiso dar por ningún precio, por amor de Flores su hijo, que tanto la amava.

Después que Flores y Blancaflor reinaron en España seis meses, deliberaron de ir en romería a ganar el jubileo en Roma, y tomaron cient cavalleros de los suyos, y partieronse para el jubileo.

Como fueron a cuatro jornadas de Roma, el rey Flores envió a dezir al sancto Padre cómo iba él y su muger al jubileo. Que suplicava a su Sanctidad que le mandase dar un aposentamiento para él y los suyos, donde su Sanctidad más fuese servido. E como el santo Padre vido las cartas, hovo mucho plazer de su venida, y mandó que le diesen todo cuanto hoviese menester complidamente. E luego el sancto Padre envió por todos los cavalleros y nobles hombres del Imperio, faciendoles saber cómo venía al jubileo el rey Flores de España, y con él venía la reina Blancaflor su muger, a quien de buen derecho el Imperio venía, como muy bien sabían. Que tuviese su consejo, que a él le parecía que lo debían rescebir como señor del Imperio, pues no había otro que más derecho al Imperio tuviese que era él.

Los romanos lo hicieron así, pero no se podían igualar, por donde había entre ellos gran división. Tanto, que el santo Padre hobo de entender entrellos. Todos acordados, dieron sus votos a un cavallero antiguo, de sangre real y muy sabio, que, lo que aquel ficiese, fuese fecho, so pena de la vida el que al contrario ficiese. El cual cavallero se decía micer Próspero Coluna, pareciendole

justo que Flores y Blancaflor hoviesen la corona del Imperio Romano, pues les venía de derecho, y que aquello era la seguridad del Imperio y la pacífica paz, para no haver entrellos entrevale ninguno.

Así fueron bien rescebidos Flores y Blancaflor en Roma por todo el consilio romano, donde vinieron muy virtuosamente, y fueron muy amados por todos sus vasallos, y aumentaron la fe de Christo, y dejaron por rey en España a Gordion su hijo, el cual gobernó muy bien sus reinos de España, y fue católico y muy bien quisto, así de los grandes señores, como de todas las otras gentes.

Dios nos deje muy bien acabar a su sancto servicio. Amén.

LAUS DEO